

LA MUERTA TENÍA LOS CABELLOS ROJOS

SILVER KANE

Hacía frío en la Morgue, y sin embargo, circulaban por su piel unas gruesas gotas de sudor.

Balbució:

—Dios santo…

Caminando todo lo ágilmente que pudo sobre sus pequeños pies, el millonario regresó a la gran sala donde yacían los cadáveres. No los miró. No se fijó por eso en que dos de los pies que sobresalían por el borde de la sábana… ¡temblaban un momento!

Eran unos pies finos y delicados. Unos pies de mujer.

Pat miraba como obsesionado la puerta que tenía enfrente, sin fijarse en nada más. Por eso no se dio cuenta de que aquel cuerpo yacente… ¡se alzaba!

La sábana resbaló hacia abajo.

Unos ojos profundos y quietos se clavaron en él.



Silver Kane

La muerta tenía los cabellos rojos

Bolsilibros: Selección Terror - 56

ePub r1.0
Titivillus 25.02.15

Título original: *La muerta tenía los cabellos rojos*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Evelyn Barton tapó con la sábana la cabeza del cadáver en el que acababa de trabajar y dijo:

—Listos.

El ayudante empujó la camilla y llevó el cuerpo ante la inmensa nevera que ocupaba todo un sector de la Morgue de Londres. Evelyn Barton se quitó los guantes de goma y miró con indiferencia lo que había más allá de las ventanas. Lo que podía ver no mereció en absoluto su interés por que detrás de las ventanas no había más que una cosa: una inmensa capa de niebla.

El doctor Pontiac se acercó a ella.

—Ha trabajado hoy mucho, doctora Barton —dijo con un rostro que reflejaba admiración y al mismo tiempo deseo.

—No tiene importancia —susurró ella—. Todavía estoy muy lejos de conseguir el menor resultado. He de seguir trabajando, trabajando…

Puso un cigarrillo entre sus labios y se acercó a una de las ventanas, junto a la cual estaba la puerta que daba a los servicios. Se quitó la bata blanca mientras avanzaba hacia uno de los lavabos para desinfectarse bien las manos. Fue al desprenderse de la bata cuando apareció su cuerpo espléndido, turgente, lleno de vida, un cuerpo que llamaba la atención de todos en aquel reino de la muerte. El doctor Pontiac la miró con deseo otra vez. Había momentos en que le parecía increíble que una mujer así pudiera trabajar en aquel sitio.

Mientras ella se lavaba cuidadosamente, todavía con el cigarrillo entre los labios, él le dio fuego. Luego preguntó sin querer disimular ya su interés por más tiempo:

—Su marido debe estar enfadado, ¿no? Trabajar a estas horas en un sitio como éste…

Ella aspiró el humo y le miró con curiosidad.

Sus ojos eran claros, pero siniestros.

A veces llegaban a dar un poco de miedo sin que uno supiera por qué.

—Mi marido no tiene por qué estar enfadado —dijo—. Y éste es un lugar de trabajo como otro cualquiera. Cuando nos casamos, hace cuatro años, él ya sabía que era médico y me dedicaba a investigaciones anatómicas. No tiene por qué lamentarse ahora.

—Pero… usted es rica… Tiene dinero —dijo Pontiac—. De ninguna manera necesita trabajar.

—Lo hago por puro interés científico.

—Interés científico… —la voz de Pontiac reflejaba un cierto desdén—. Maldito sea el interés científico que uno puede tener en este antro de los infiernos, rodeado de cuerpos de personas asesinadas, mutiladas, convertidas en monstruos… Me parece mentira que usted pueda estar en este ambiente. Si yo fuera su marido… Si yo supiera que puedo tener en exclusiva ese cuerpo…

Ya se había lanzado. Ya había dicho lo que durante tanto tiempo deseó decir, sin atreverse de ninguna manera. Pensó que ella se enojaría, pero le sorprendió encontrar aquellos ojos helados, indiferentes, donde no palpitaba ni la sombra de un sentimiento.

—Yo creí que al estar siempre aquí, entre muertos —dijo Evelyn —, uno llegaba a sentir náuseas y el instinto sexual se anulaba. Me parece fantástico que usted pueda desear a una mujer viva después de ver tantas mujeres muertas.

—A todo se acostumbra uno —dijo Pontiac, que ya estaba lanzado—. Evelyn… Si usted quisiera oírme…

—Usted no quiere que le oiga, Pontiac. Quiere otra cosa.

—Bueno, pues otra cosa.

Nunca Pontiac había sido tan desvergonzado como en ese momento, y a veces le parecía que no era él quien estaba hablando. Pero le sorprendió ver de nuevo aquellos ojos helados, inhumanos, donde palpitaba algo peor que el reproche: donde no palpitaba nada más que la indiferencia.

—Usted sabe que sólo vivo para la ciencia, Pontiac —murmuró —. Los hombres no me importan. Las pasiones menos. Si en este momento usted me mirara como médico y no como hombre, se daría, cuenta de que soy terriblemente frígida. De modo que déjeme en paz. No pierda el tiempo con una mujer que al fin y al cabo es

como una muerta.

Y se alejó.

Caminaba sobre sus altos tacones como una diosa. Pontiac pensó que si la doctora Evelyn Barton se comportaba también de ese modo con su marido, debía ser terrible. Tener al lado una mujer así y no despertar en ella la menor correspondencia, la menor ilusión, debía ser un auténtico suplicio.

Recordando sus últimas palabras, balbució:

—Como una muerta…

Evelyn salió de la Morgue sin haber retirado aún de sus labios el cigarrillo. Seguía flotando en ellos aquella mueca ligeramente despectiva. Fue a buscar su coche, en el gran *parking* del edificio, pero vio que un vehículo pequeño salía de las inmediaciones. Tuvo que apartarse para dejarle paso, y durante unos instantes los faros le deslumbraron. Debido a eso y a la negrura de la noche, Evelyn no consiguió ver quién iba al volante.

Se habría sorprendido de saberlo. Y habría gritado de horror caso de saber que allí estaba su propia muerte.

* * *

Sin embargo, la persona que iba al volante no sugería, ni mucho menos, ideas macabras. Todo lo contrario. Incluso a veces, y a pesar de lo flemáticos que son los ingleses, en la calle se volvían para mirarla.

La espléndida mujer descendió del Austin y se dirigió a una cabina telefónica de las que bordean la zona de Marble Arch. La niebla seguía flotando allí y lo envolvía todo como en un sudario siniestro. A pesar de que ahora Londres no tiene la contaminación que tenía antes y su aire está mucho más limpio, cuando el Támesis llega cargado de jirones de niebla, las calles vuelven a adquirir el aspecto legendario que tenían en la época de Sherlock Holmes y Jack el Destripador. No se ve nada a dos pasos. Por ello la mujer sólo podía guiarse por la lucecita insegura de la cabina telefónica.

Si la doctora Evelyn Barton era físicamente espléndida, esta otra mujer no le iba a la zaga. De igual estatura, de muy parecidas curvas provocativas, tenía sin embargo cosas distintas. Sus cabellos

eran negros, mientras que los de Evelyn eran rojos. Sus cejas eran algo más arqueadas. Su nariz más respingona. Y sobre todo era distinta su expresión. Lo que en Evelyn era sequedad en ésta otra era sensualidad pura. Lo que en Evelyn era rigidez, en ésta era curvilíneo. La mujer que se acercaba a la cabina telefónica tenía ese encanto misterioso de las mulatas, ese atractivo primario de las mujeres del Sur, aunque ella no era mulata, por supuesto, sino una inglesa típica como la misma Evelyn.

Penetró en la cabina y marcó un número que sabía de memoria.

—¿John…?

Una voz masculina también muy conocida dijo maquinalmente:

—Estaba impaciente, Susan.

—Es que ella no ha salido hasta ahora.

—¿La has visto?

—Sí. Ha tenido que apartarse para dejar pasar a mi coche. Para que no me conociese, la he deslumbrado con mis faros…

—Pero eso ha sido una imprudencia…

—Descuida. No sabe que la vigilaba.

—¿No lo sospecha siquiera?

—No.

La voz de John sonó ya con más calma.

—Entonces viene hacia aquí…

—Por supuesto… Tardará una media hora. Yo te llamo desde Marble Arch.

—En media hora lo tendré todo preparado —dijo la voz de John.

—¿No lo tienes ya?

—Sí, sí… Claro que lo tengo.

—Asegúrate.

—¿Cómo quieres que me asegure? Te he dicho que todo está listo.

—A veces las mujeres somos menos nerviosas que los hombres —dijo ella con voz perfectamente fría—. Vamos a repasarlo todo como si tú fueses un piloto que va a despegar y yo estuviera en la torre de control. Es necesario que nada falle, ¿entiendes? Nada… Vamos punto por punto. ¿Las luces del jardín?

—Apagadas.

—¿La piscina?

—Llena.

—¿Los peces?

—Están en bolsas de plástico. Noventa bolsas de plástico. Da auténtica angustia verlos.

—Pues conviene que ella no los vea antes de morir, porque no debe gritar y ni siquiera apartar un mueble de sitio. Todo debe pasar con la mayor suavidad, ¿comprendes? Como en una partida de ajedrez en la que alguien se come a la reina… ¿Cómo se conserva el somnífero que compraste?

—Perfectamente.

—De acuerdo… No olvides ni un detalle. Todo suave… Suave… Cuando hayas terminado me llamas a mi estudio de Pimlico.

Lo voz del hombre sonó un poco nerviosa.

—Susan…

—¿Qué?

—Si al menos tú estuvieras aquí…

Susan sonrió como si él pudiera verle. Dijo con voz cariñosa, con aquella voz que ella debía hacer penetrar como veneno en el corazón de los hombres:

—John, no debes vacilar ahora… Llevamos preparando esto casi un año. Por ejemplo los peces tú sabes lo que nos ha costado traerlos…

—No, no es que vacile. Es que…

—¿Tienes miedo?

—Bueno, uno no mata a su mujer todos los días.

Ella rió.

Resultaba fantástica su sangre fría en aquellas circunstancias.

—Recuerda solamente esto, John —dijo al cabo de unos instantes—. Recuérdalo en el momento en que actúes: todo lo que con ella ha sido frigidez, desdén, lejanía, conmigo será pasión, será vértigo. Lo que tú y yo hemos hecho hasta ahora no será nada al lado de lo que vamos a hacer… Y lo empezaremos a hacer esta misma noche.

Casi notó el estremecimiento del hombre al lado opuesto del cable.

Suavemente, con el silencio de una gata, ella colgó.

Luego se dirigió en su coche al elegante barrio de Pimlico, donde tenía un estudio amueblado. Antes de llegar a él, chocó intencionadamente con otro automóvil que aparcaba y organizó un

pequeño escándalo, en el que tuvo que intervenir la policía. Convenía que se supiese que en el momento en que la doctora Evelyn Barton desaparecía para siempre, ella estaba gritando por unas abolladuras en el lado opuesto de Londres. No podía olvidar ni un condenado detalle esa noche. Ni uno…

CAPÍTULO II

Evelyn Barton usó la llave y penetró en el elegante vestíbulo de su mansión, después de haber encerrado el coche. Su vehículo no era cualquier cosa: un Jaguar. A Evelyn le gustaban los coches excepcionales, puesto que podía pagarlos. También su casa era magnífica y estaba amueblada con un admirable gusto, pero no resultaba grande, sino todo lo contrario. Puesto que no tenían hijos (y con su frigidez era difícil que los tuvieran) había preferido organizar su vida con unas cuantas habitaciones reducidas que una asistenta a horas pudiese adecentar. Así se ahorraba el siempre molesto servido doméstico. Lo único que era inmenso era el jardín, pues a Evelyn le gustaba pasear por él y sentirse aislada del gran Londres. Dos jardineros trabajaban en él continuamente por las mañanas, para tenerlo a punto.

Pero cuando ella penetró en la casa, no había nadie, a excepción de su marido John. Éste leía tranquilamente junto a la lámpara y apenas la miró al entrar.

Ella dijo:

—Hola, John.

—Hola… Llegas muy tarde hoy.

—Ha habido mucho trabajo.

—No entiendo por qué te pasas la vida en la Morgue —gruñó él, soltando el libro—. Es repulsivo. Todo el día tocando muertos.

—No los toco. Me pongo guantes de goma.

—Es lo mismo.

Ella le miró con indiferencia y se desabrochó el vestido, dejándolo resbalar por sus hombros y haciendo que cayese al suelo. Quedó sólo con la ropa interior y la ropa interior que usaba una mujer como Evelyn era tentadora. John la miró con ojos turbios mientras se le formaba una bola en la garganta.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿No te gusto? ¿Quizá te doy asco?

Él tendió la mano. Era una caricia más o menos normal, pero Evelyn se ladeó mientras susurraba:

—Aparta, cerdo.

—Me pregunto si de tanto andar entre los muertos no te habrás convertido en una muerta más —dijo sombríamente él.

—Tú sabes lo que busco en ellos.

—¿Qué?

—La inmortalidad.

John lanzó una risita seca.

Siempre le había hecho gracia en aquel sentido su mujer, pero al mismo tiempo le daba miedo. Evelyn Barton, hija de millonarios y nieta de millonarios, hermana de millonarios también, se había dedicado durante toda su vida al lado negro de la ciencia. Fue el profesor de Anatomía más joven que había en Londres, pero dejó la enseñanza para tener más tiempo que dedicar a sus malditas investigaciones. Ganó las oposiciones a médico forense y durante años se dedicó a investigar en cadáveres destrozados, sin que el extraer sus vísceras o partir sus cerebros le impresionara en absoluto. Sus dedos finos y delicados partían un hígado para el análisis del veneno con la misma tranquilidad con que un ama de casa corta la carne para la cena.

Ahora todo aquel trabajo lo efectuaba de un modo más bien honorario. Sólo hacía autopsias cuando había casos muy difíciles. El resto del tiempo investigaba por su cuenta, investigaba incansablemente, hundiéndose más y más en aquel mundo de horror del que había llegado ya a formar parte.

Parecía mentira.

Con su boca…

Con su cuerpo…

Con sus piernas…

John la miró sin poder ocultar su deseo, mientras ella andaba de un lado a otro de la habitación antes de quitarse las medias. Pensó una vez más que si Evelyn Barton hubiese sido una mujer normal, ambos podrían incluso haber llegado a ser felices. No es que dos seres puedan estar unidos siempre por la mera satisfacción sexual, pero eso ayuda, evidentemente. Además, en el caso de Evelyn estaba el dinero. Evelyn siempre le había mantenido, pues John era lo que se llama un *gentleman* que no sirve más que para estrenar

trajes. Siempre impecable, siempre en su punto, siempre conociendo el último chiste para hacer reír a las señoras, resultaba encantador en los salones e invencible en las pistas de tenis. Pero nada más que eso. Nunca había ganado un chelín. De no ser por el dinero de Evelyn, no habría podido cambiarse ni de camisa.

John pensaba en eso con los ojos entrecerrados, mientras la veía quitase tentadoramente las medias.

Sí… Podían haber sido felices si ella no hubiese resultado tan frígida. Y lo peor era que no resultaba frígida por naturaleza, sino porque para Evelyn Barton solamente existía la ciencia. Ya su padre había sido así. Su padre se gastó una fortuna en viajes, estudiando ritos diabólicos y buscando el secreto de la inmortalidad, como lo buscaba su hija hasta que terminó sus días encerrado en un manicomio.

John se puso un cigarrillo entre los labios.

Cierto… Era una lástima.

Incluso podía haber hecho llevadero aquel matrimonio teniendo él alguna aventura fuera de su hogar. Cuando uno encuentra comprensión en otro sitio, aunque sea una comprensión interesada, se olvida de los desengaños que le da la propia esposa. Pero John no podía arriesgarse a dar un patinazo y que Evelyn lo supiera, teniendo motivos para pedir el divorcio. Con el divorcio él se quedaba *en la calle*. Él tenía a Evelyn como los otros tienen un empleo: vivía de ella y le interesaba conservarla.

Pero ahora todo iba a terminar. Ahora iba a tener una mujer como Susan, que era incluso más deseable que la propia Evelyn, y además iba a tener dinero. Desaparecida Evelyn, a la que nadie volvería a encontrar jamás, él sería *in eternum* el administrador de sus bienes. Y podría dedicarse a gozar con Susan, aquella especie de volcán convertido en mujer. Por todos los infiernos que iba a resarcirse del tiempo perdido.

Evelyn volvió la cabeza.

Le estaba mirando con sus ojos penetrantes y helados.

John volvió a tener miedo, aquel miedo inexplicable que había sentido tantas veces.

¿Qué le ocurría con ella? ¿Por qué se asustaba de su propia esposa? ¿Qué había en sus ojos que parecía estar más allá de la vida y de la muerte?

Incluso sintió el temor de que ella hubiera adivinado sus pensamientos.

Ella musitó:

—¿En qué pensabas?

—Pues… en nada. Realmente en nada concreto.

—¿Quizá en mis experiencias?

—Tú sabes que tus experiencias nunca me han gustado, Susan. Y me pregunto qué es esto tan estúpido de la inmortalidad que estás buscando.

—La inmortalidad no es una estupidez. Todas las religiones se fundan en ella.

—Sí, pero… En fin, las religiones hablan de almas y tú andas siempre buscando en los cuerpos.

Ella sonrió con aquella mueca de indiferencia que a veces la hacía parecer tan lejana.

—Cuidado, John… Cuidado. Las religiones también hablan de la inmortalidad de los cuerpos. No necesito decirte que para los cristianos es un dogma la resurrección de la carne, así como la vida perdurable. Los mahometanos creen que podrán gozar con sus cuerpos en el paraíso todas las delicias que no tuvieron en éste. Las religiones orientales creen en la transmigración de las almas, lo cual significa también que hace falta el soporte de un cuerpo. Los de la Christian Science, la religión norteamericana, piensan sencillamente que *el hermano está ausente*. Los que practican el rito vudú creen en los *zombies*, o sea esos seres diabólicos que no mueren jamás. Se supone que los vampiros tampoco mueren, mientras puedan alimentarse de sangre. En fin… ¿para qué seguir? Mi padre descubrió tantas cosas y he encontrado en sus apuntes tantas sugerencias que las veinticuatro horas del día no son bastantes para seguir lo que él dejó a medio hacer.

—Tu padre murió en un manicomio —dijo John desdeñosamente.

—Hum… Muchos grandes hombres han sido considerados locos desde Galileo a Miguel Servet —murmuró ella clavando en el rostro de su marido otra mirada helada. Pero además yo no busco ritos extraños. Yo hago experimentos científicos en un lugar tan serio como es la Morgue de Londres.

—Experimentos científicos… —dijo él con desdén, mientras el

cigarrillo temblaba en sus labios—. ¿Puedo saber exactamente lo que buscas? ¿Lo sabes al menos tú misma?

—Busco el peso del alma —susurró ella.

—¿Qué…?

—Tú sabes, o al menos debieras saberlo, que se han realizado atrevidos experimentos últimamente.[1] Consisten en situar personas que están agonizantes en una báscula extremadamente fina, dejándolos allí unos minutos más cuando mueren, para comprobar el peso. Pues bien, todas esas personas, sin excepción, fuera cual fuera la causa de su defunción, habían perdido veintiún gramos exactos de peso. Tanto es así que se ha dicho que ése podría ser el peso del alma. Como tú comprenderás, me libraré muy mucho de afirmar una cosa así, pero la cuestión me interesa tanto que quiero averiguar si hay alguna causa física que determine, por el solo hecho de la muerte, esa pérdida de peso. Por descontado que tales experimentos me interesan mucho más que estarme aquí haciendo calceta.

Sus ojos se habían clavado de nuevo en él con tal fijeza que John sintió miedo. No sabía lo que le ocurría con Evelyn, pero aquello le estaba obsesionando. Quiso acabar de una condenada vez.

Ella se había desnudado casi enteramente. Mejor.

Para hacer lo que tenía que hacer, resultaba mucho mejor que estuviera desnuda. Así le ahorraba trabajo.

Fue hacia su dormitorio.

John la detuvo con la voz más amable de que fue capaz.

—¿Quieres que te prepare un combinado?

—Ah, bien… Si eres tan amable…

—¿Fuerte?

—Mitad y mitad. Tú conoces mis gustos.

—Perfecto, querida.

Mientras ella iba a ponerse una bata de casa, él preparó los combinados en la elegante barra de caoba que había en el salón. Ni los clubs privados más exclusivos de Belgravia tenían barras como aquélla. Se preparó un combinado muy flojo para él y otro algo más fuerte para su esposa, teniendo buen cuidado de verter en este último una dosis más que razonable del somnífero que ya tenía preparado. Luego avanzó hacia el centro del salón. Sabía que no

podía correr el riesgo de equivocarse y había ensayado mentalmente aquella situación docenas de veces. Incluso en una ocasión la ensayó en realidad con Susan. El vaso destinado a Evelyn estaba en su derecha. El que él debía beber, en cambio, lo tenía fuertemente sujeto con la izquierda.

Ella salió en aquel momento.

Llevaba una vaporosa bata de casa que realzaba de forma diabólica sus turgentes formas.

—¿Qué, querido? —preguntó.

—Ya lo tienes preparado. A tu gusto.

Y le tendió el vaso de la derecha.

Ella sonrió.

Sus ojos le miraban fijamente. Parecían satánicos de tan helados.

—Me parece que está menos cargado el otro —dijo.

—Pues…

John tenía la boca espantosamente seca. En un segundo parecía como si la garganta se le hubiera convertido en arena.

¿Habría ella adivinado algo? ¿Sería cierto al fin que tenía una especie de poder sobrenatural? ¿Se habría dado cuenta…?

—Sí —susurró Evelyn—, me parece que me gusta más el otro. No te importa, ¿verdad?

—Es que…

—¿Qué?

—Verás… Éste lo he preparado a tu gusto.

—Pero tiene un color más espeso… Habrás puesto demasiado *whisky* y no quiero una cosa tan cargada. Bébetelo tú y dame a mí el de la izquierda.

John sintió frío en los huesos.

Jamás su mujer le había dado tanto miedo y al mismo tiempo jamás la había odiado tanto.

¿Era posible que llegase a leer sus pensamientos? ¿Era posible que no hubiera modo de acabar con ella?

Incluso por un momento estuvo a punto de saltar. Estuvo a punto de precipitar las cosas y hundirle el cráneo con uno de los candelabros de bronce que tenía a su alcance.

Pero le pareció oír de nuevo la voz de Susan: «Suavidad… Mucha suavidad… No hay que mover ni un mueble…».

Sus manos temblaron.

Ella bisbiseó.

—Anda, sé buen chico y dame ese otro.

John le tendió el combinado inocente que había preparado para él. No podía negarse o lo echaría todo a rodar. Venció aquel momento terrible haciendo que en sus labios se dibujase una sonrisa helada.

—Toma —dijo—. No te gustará tanto.

Todo había fracasado. Mientras el odio subía en el corazón de John como una columna de mercurio el termómetro, pensó que habría que empezar otra vez.

¿Pero podrían empezar otra vez…? La piscina estaba siempre preparada y las luces del jardín podían apagarse en cualquier momento, pero los peces, que habían sido conseguidos venciendo dificultades increíbles, no podrían permanecer mucho tiempo en las bolsas de plástico. Como máximo un día o dos… Entonces, ¿qué hacer? ¿Todo se iba a ir al diablo porque a ella se le hubiera ocurrido elegir la otra copa?

No era eso lo peor. John sabía que él tendría que beberse el otro combinado, y que unos minutos después le entraría un sueño invencible. Habría que buscar una excusa para meterse en cama y quedar dormido sin que ella sospechara nada, porque si Evelyn llegaba a sospechar todo estaba perdido. Pero aun así, aun suponiendo que eso tan difícil resultara bien…, ¿qué pasaría cuando llamara Susan? Porque Susan, extrañada ante tanto silencio, acabaría telefoneando desde su apartamento de Pimlico Road para saber qué pasaba…

Unas gotas de sudor se deslizaban ya por el rostro de John. Se ahogaba.

Su corazón parecía haber dejado de latir y todo en él tenía que hacer un terrible esfuerzo, un esfuerzo inhumano para fingir una apariencia normal, una apariencia que no infundiera sospechas.

Los ojos de Evelyn seguían clavados en él. Aquellos ojos demoledores, burlones, inhumanos… Musitó:

—¿Qué te pasa, querido? ¿Te sientes mal?

John contrajo la garganta.

De modo que encima se burlaba.

Otra vez tuvo la terrible tentación de saltar sobre ella y agredirla como un salvaje, pero la voz de Susan pareció volver a sonar en su

cerebro: «Suavidad… Tiene que ser como una partida de ajedrez en la que se come a la reina…».

Muy bien. Pero aquí lo único malo era que la reina se estaba zampando al rey.

—No me pasa nada —dijo con voz opaca.

—¿No bebes?

—Es que…

—Querido, ¿qué te ocurre? ¿Es que de repente se te ha pasado la sed?

Él fue a beber.

Pero se sentía incapaz de tragar. En su garganta continuaba formada aún aquella espantosa bola.

Y de pronto todo cambió. De pronto, Evelyn sonrió con expresión bondadosa mientras decía:

—No voy a ser tan insoportable como para beberme el combinado que te has preparado a tu gusto, querido. Tómalo. Ya me beberé el otro.

Y le tendió el vaso que ya sostenía en la derecha.

Sus ojos habían cambiado. Sus ojos eran ahora cordiales, casi dulces. Cualquier otro hombre se hubiera dado cuenta de que nada estaba perdido aún con una mujer capaz de reaccionar de aquel modo. Se hubiese dado cuenta de que Evelyn, en realidad, le quería. De que aún era posible para ambos comenzar la vida otra vez.

Pero John no pensó en nada de eso. Por el contrario, su suspiro de alivio fue claramente perceptible. Mientras le tendía el vaso donde estaba el somnífero, logró sonreír en tanto decía:

—Gracias, querida.

Ella bebió lentamente.

No notó el menor sabor extraño.

El somnífero había sido cuidadosamente elegido por la propia Susan, quien antes se asesoró de una manera completa.

Acabó casi el combinado y dejó la copa sobre la mesa. Luego aún consiguió sonreír. Miró hacia la ventana y vio entonces las masas siniestras, espesas, amenazadoras de la niebla.

—¿Por qué has apagado las luces del jardín, querido? Lo he notado al entrar, pero sólo ahora me doy cuenta de lo siniestro que resulta esto. Sólo ahora…

—El jardín me gusta más así —dijo él suavemente—. Queda más

recogido, más íntimo…

—¿Más íntimo para qué?

—Pues… para amarnos, por ejemplo.

Ahora que ella había tomado el somnífero, John se sentía más audaz. La acarició casi procazmente y ella no se resistió. Incluso llegó a sonreír. Por un breve instante John pensó que era una lástima que una mujer tan preciosa hubiera de morir unos minutos más tarde.

Pero no pensó eso porque la amara.

Sólo lo pensó porque la estaba deseando.

Ella dijo con voz suave:

—Nunca me hagas daño, John. Nunca… Reconozco que soy un poco extraña, porque el contacto con los muertos ha llegado a deformarme, pero en realidad aún te quiero. Pienso que podríamos ser felices si…, si tú pensaras un poco menos en mi dinero y yo pensara un poco más en ti.

John volvió a sonreír.

Sus labios dibujaban en la penumbra una mueca casi macabra.

—Ya es tarde, querida. Ya es larde para empezar de nuevo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué lo dices de ese modo?

—Por nada…

La hermosa mujer se estremeció. La niebla parecía haber ido penetrando hasta el fondo de sus ojos. No sabía qué lo ocurría, pero la luz parecía irse haciendo más vacilante. La figura de su marido se iba haciendo más borrosa.

—John… —insistió—. John, no te atrevas a hacerme nunca el menor daño. Tú eres un hombre elegante, eres un hombre simpático y que brilla en sociedad, pero no sabes nada de lo que hay más allá de la vida y la muerte. En realidad, sólo sabes hacer combinados y jugar al tenis. No, no se trata de ningún insulto, John… A mí me gustas como eres. Pero no intentes jamás desafiar al destino. Mi padre descubrió cosas que tú no puedes ni soñar, y de los secretos que él descubrió soy yo la actual depositaría. No lo intentes, porque…, porque lo lamentaríamos los dos.

Él logró que aquella sonrisa se hiciera todavía más burlona.

—¿Tú también lo lamentarías? —susurró—. ¿Por qué?

—Porque no quisiera hacerte daño a ti.

—Pues no me lo hagas…

—Es que ya no dependería de mi voluntad, John —dijo ella—. No, no dependería de mi voluntad. Por eso te pido que…, que…

Su voz vacilaba. Se hacía tartajeante, se convertía en la de una tartamuda. Tuvo que apoyarse en una de las mesas, pero ella aún no se daba cuenta de que se estaba cayendo. Con la mirada ya turbia dijo:

—John… Me parece que hay avería. La luz se debilita…

—Sí, querida…

—Siento como si…, como si…

—¿Como si fueras a caerte?

Ella ya no contestó.

Se derrumbó suavemente sobre la alfombra.

John lanzó entonces una carcajada. Todo el terrible miedo que había pasado antes se diluyó. Sus ojos brillaron de deseo y a la vez de odio.

Pasó por encima de Evelyn.

De la fantástica, de la tentadora, de la deslumbrante y admirada doctora Evelyn Barton. De la que era enteramente suya por primera vez…

CAPÍTULO III

Volvió a suspirar con alivio al verla caída de aquel modo, totalmente indefensa. Había pasado el peor rato de su vida cuando ella estuvo a punto de hacerle beber su propio combinado, pero aquello ya pertenecía a la historia. Mientras miraba desde arriba sus turbadoras formas, lanzó una risita ronca.

De pronto ella abrió los ojos.

Era fantástica la resistencia que tenía la muy maldita. El somnífero le impedía moverse, le impedía reaccionar, pero no le había hecho perder el conocimiento del todo.

—John… ¿Qué has hecho conmigo?

Él rió de nuevo.

Ahora se sentía infinitamente superior.

La timidez que siempre le dominó ante ella había desaparecido.

—No te has dado cuenta hasta ahora, estúpida —masculló—, pero has estado a punto de salvarte. Has estado a punto de anular mis planes bebiendo tú la otra copa. Es ahora cuando no tienes salvación… ¿Quieres que le diga lo que voy a hacer contigo? ¿Quieres conocer exactamente cuál es mi plan, maldita sabihonda?

Ella se revolvió.

Por un momento el terror rebrilló en sus ojos.

No tenía fuerzas para ponerse en pie, pero consiguió arrastrarse hasta la mesita donde estaba el teléfono. Con manos ansiosas fue a sujetar el auricular, irguiéndose con sus escasas fuerzas. John, mientras lanzaba una carcajada, derribó la mesa de un puntapié y envió el aparato lejos.

Después la sujetó por las piernas.

Las fabulosas piernas de la doctora Barton…

Mientras ella gemía entrecortadamente, mientras le miraba con ojos alucinados, la arrastró como un fardo hasta la habitación contigua. Era una habitación de trabajo de John, aunque John, la

verdad, no había trabajado nunca. Pero bastaba aquello para que fuese una especie de mundo privado en el que Evelyn, con una educación muy británica, no ponía jamás los pies.

Los peces estaban allí.

Cada uno de ellos encerrado en una bolsa de plástico con agua, en la que se movía ansiosamente. Causaba angustia verlos. Los horribles peces estaban allí desde un día antes, porque no había sido posible ni aconsejable traerlos con más tiempo.

Evelyn los miró con ojos desencajados.

No acababa de dormirse, la muy maldita. Tenía una resistencia diabólica.

En fin, peor para ella.

Así se daría cuenta de la horrible muerte que la estaba acechando.

Con voz siniestramente suave, John musitó:

—¿Sabes qué son esos peces, querida? ¿Los conoces?

—No…, no soy naturalista.

—Pues son pirañas, Evelyn. Pirañas, los terribles peces carnívoros del Amazonas, del Marañón y de otros ríos sudamericanos. Ha costado muchísimo traerlos, porque su importación está prohibida y además, la cosa, naturalmente, se ha llevado en secreto. Pero Susan lo ha conseguido.

Ella dijo con un hilo de voz:

—Susan…

—Sí, querida. Ella va a sustituirte en tu cama y además en tu cuenta corriente. No te importa, ¿verdad? Es tan tentadora, tan dulce, tan simpática… Ella misma me lo ha sugerido todo. Ella misma me ha allanado muchos obstáculos que yo no hubiese sabido vencer.

La garganta de Evelyn parecía haberse hinchado. No podía hablar. Sólo dijo con una voz gorgoteante:

—Su…, Susan…

Él volvió a emitir una risita leve mientras acercaba una de las bolsas. A través del plástico, el pez parecía haber aumentada de tamaño. Sus ojos voraces, casi diabólicos, parecían ya devorar a la mujer.

—¿Qué? ¿Te gustan? —preguntó burlonamente—. ¿No son encantadores? Tú, que eres tan sabia, tienes que haber oído hablar

de estos peces, querida… Sabes que devoran a una persona en cuestión de segundos. Claro que allí, en los ríos americanos, son millares, mientras que aquí no pasan de cien. Eso significa que su trabajo será más lento, querida. Que no morirás inmediatamente, sino que tu agonía será espantosa y se prolongará minutos y minutos, mientras intentas salir del agua… La verdad es que ése no era mi propósito, querida, ni tampoco el propósito de la caritativa Susan. Debías ir al fondo de la piscina completamente dormida, pero ¿qué le vamos hacer? ¡Tienes tanta resistencia…!

Dejó la bolsa con las otras y añadió:

—No te exagero al decir que la voracidad de estos peces es sencillamente satánica. Incluso en ríos donde el agua apenas llega a la cintura pueden causar la muerte instantánea. Por eso los ganaderos de los afluentes del Amazonas, cuando tienen que vadear un río, hacen pasar primero, a propósito, un buey viejo o enfermo, para que las pirañas caigan sobre él, y mientras están entretenidas con su siniestro trabajo, las demás reses y los hombres pasan con toda rapidez. Pero tú no tendrás nadie que te salve, querida… Tú los verás venir hacia ti lentamente, salvajemente, como una marea del otro mundo.

Derribó bruscamente un pesado diván sobre el cuerpo de su mujer. Sabía que ella no tendría fuerzas para librarse del mueble. Luego tomó las bolsas y las colocó en una gran cesta de mimbre que tenía preparada de antemano. Era como esas cestas enormes que se emplean en las lavanderías. Fue colocando con cuidado las bolsas de plástico, cada una con su pez, y luego la transportó fuera de la casa. Había que ver lo que pesaba aquel maldito trasto. Casi no podía moverse.

No sólo era el peso de los peces, sino también el del agua que los contenía. Cuando John llegó a la piscina estaba destrozado, a pesar de su envidiable vigor físico. Además tuvo que andar con muchas precauciones para no tropezar, ya que el jardín estaba enteramente a oscuras. Tenía que dar la sensación de que en la casa no había nadie.

No quería pensar en lo que ocurriría si la cesta volcaba, él caía encima y rompía con su peso varias de las bolsas. Antes de morir asfixiados, aquellos terribles peces eran capaces de sacarle los ojos.

Se detuvo a respirar al borde de la piscina.

A lo lejos, desfilaban las luces de los autobuses que tenían su final de línea en Green Park. Algunos coches, ya no demasiados, se dirigían hacia las afueras de Londres. La gran ciudad seguía palpitando, seguía viviendo, pero en aquel rincón de la elegante casa, John se sentía como en el centro de una isla desierta. Como en un imperio de la muerte del cual él era dueño y señor.

Lanzó otra ronca carcajada.

Sacó las bolsas una a una y las abrió con una navaja. Inmediatamente el pez saltaba al agua y se hundía en ella. Cuando hubo realizado esta operación, el antes inocente líquido de la piscina se había transformado en una cámara de los horrores. En sus ondas silenciosas palpitaba la muerte.

John había dejado las bolsas de plástico en la cesta, pensando quemarlo todo luego. No convenía dejar el menor rastro. Luego lanzó una risita y fue a alejarse de nuevo hacia la casa.

Pero resbaló.

La condenada humedad de Londres había hecho que las baldosas del borde de la piscina parecieran un espejo mojado. John lanzó un grito de horror mientras veía el agua acercarse a él, mientras se daba cuenta de que iba a tener la espantosa muerte que había preparado para Evelyn.

Pero de algo le valió esta vez ser deportista.

Mientras una de sus manos ya se hundía en el agua, consiguió asirse con la otra a la escalerilla.

Su grito de horror se repitió.

Había notado entre los dedos el contacto viscoso y electrizante de los de aquellos peces surgiendo de las profundidades del agua.

Mientras respiraba afanosamente, como un animal acosado, se hundió de nuevo entre las sombras del jardín El miedo aún le producía una especie de calambre en la columna vertebral. Se imaginó lo espantoso que habría sido hundirse en las aguas, para que más tarde, al recuperarse Evelyn, encontrase solamente sus huesos.

Volvió al sitio en que la había dejado.

Pensó que el somnífero ya habría producido su total efecto, pero tuvo una nueva sorpresa al ver que ella aún seguía despierta. La resistencia que estaba demostrando parecía sobrenatural y parecía hablar también de misteriosas facultades en las que no quería ni

pensar. Pero John se recuperó al darse cuenta de que seguía siendo dueño y señor de la situación. Ahora sólo le faltaba lo más sencillo, que era arrojar a la indefensa mujer al agua.

Con una risa seca, apartó el mueble.

Ella gimió:

—John, por Dios…

Ni aquella angustiosa súplica conmovió el corazón del hombre, convertido en una astilla de palo seco. La sujetó por las piernas y tiró de ella.

La arrastró como una res muerta.

Había momentos en que, al pasar por delante de un espejo, veía su imagen miserable, pero ni eso le avergonzaba. Había perdido por completo la conciencia, la dignidad y no quedaba en él la menor facultad de raciocinio. Evelyn gemía sordamente. La arrastró por la hierba húmeda del jardín, entre las tinieblas, mientras sólo escuchaba de trecho en trecho los gemidos entrecortados de su víctima.

La depositó en el borde de la piscina.

John jadeaba.

La preciosa doctora Barton no era precisamente un peso ligero, y el jardín era inmenso, por lo que el hombre estaba cansado. Pero en lugar de inducirle eso a la reflexión, un miserable deseo estaba naciendo en él. Se daba cuenta de que Evelyn iba a morir, de que era endiabladamente bonita y de que al fin y al cabo seguía siendo su esposa.

Ella aún gimió:

—John… por favor… Si en algo me quieres aún…, no…, no lo hagas… Yo te perdonaré… ¡No diré nada! ¡Te dejaré vivir con Susan! ¡Pero no lo hagas…!

Los dedos le temblaban.

Él lanzó otra risita sorda.

En sus ojos brillaba ahora una lucecita inhumana.

Una lucecita que al mismo tiempo era viscosa.

—Te descubrirán… —dijo ella, al ver que no le conmovía—. Aunque los peces devoren mi carne quedará el esqueleto…

—El esqueleto resulta fácil hacer desaparecer —dijo él—. Tú lo sabes. ¿Qué voy a explicar yo a una profesora de Anatomía? No cometeré la ingenuidad de quemarlo en un horno, porque

necesitaría instalaciones que no tengo y, además, siempre quedan esquirlas. Lo que haré será pasar los huesos por un enorme torno que los convertirá en polvo. Ya lo he comprado y tengo la instalación montada. Incluso he programado el trabajo, querida. Me costará justo doce horas. Cuando el polvo, perfectamente aséptico y limpio, porque esos peces no dejan ni una partícula de carne, esté listo, lo recogeré en un saco de plástico y me dedicaré a pasear por diversos jardines de Londres. Un poco aquí, otro poco allá. No me negarás que será una muerte poética. Estarás en Hyde Park, estarás en Kensington, estarás en las orillas del Támesis… Una muerte perfecta, querida, para una mujercita como tú, que ama tanto a Londres.

Ella gimió sordamente.

Se daba cuenta de que todo estaba preparado hasta el último detalle.

Pero aún imploró piedad, pidió perdón llorando por todo lo que pudiera haberle hecho.

Él no se conmovió.

Aquella lucecita viscosa seguía brillando en sus ojos. De pronto, ella dijo:

—John…

Acababa de tener una última, una terrible y en cierto modo nauseabunda sorpresa.

Él estaba buscando su hermoso cuerpo. La iba a poseer allí, al lado mismo de la piscina. Los labios ávidos del asesino buscaron su garganta, su boca.

—Eres mi mujer… —dijo roncamente—. Sigues siendo mi mujer… Todas las veces que me has negado tu cariño vas a pagarlas ahora… Todas las veces, perra…

Ella consintió, a pesar del asco que sentía, e incluso colaboró, pensando que así salvaba su vida. Hacía falta ser una auténtica serpiente, una verdadera bestia repulsiva para matarla después de aquello. Pero John, una vez hubo terminado, rió satisfecho. Su risita viscosa llenó de ecos siniestros el aire.

Se apartó un poco.

Ella estaba al borde de aquella cámara de los horrores que era la piscina bañada por la luna.

John barbotó:

—Adiós, querida… Felicidades en el otro mundo.

Y la empujó con el pie.

Ella cayó al agua. ¡Pero no se hundió!

¡Quedó rígida allí, como si el agua fuese una cama y ella fuese una muerta! ¡Le miró con los ojos siniestramente abiertos!

John sintió que las piernas le temblaban. Todo aquello parecía algo sobrenatural.

La mujer seguía sin hundirse. Seguía mirándole…, mirándole… ¡MIRÁNDOLE…!

Al fin el asesino se llevó las manos a la cara mientras se estremecía de horror. Con voz que era un auténtico rugido gritó:

—¡Maldita…!

La mujer se hundió entonces. Produjo el efecto de un cadáver que desaparece, pero hasta el último segundo tuvo los ojos abiertos y hasta el último segundo los clavó en él. Un estremecimiento brutal recorrió el cuerpo entero de John.

Sujetándose a la barandilla para no caer, esperó todavía un rato. Se notaba el movimiento voraz de los peces en el fondo del agua, de la cual sólo distinguía una mancha negra. Entonces recordó algo que había estado a punto de olvidar y que podía costarle caro.

Se secó las gotas de sudor.

¡Imbécil de él!

¡Había estado a punto de marcharse sin hacerlo!

Puso en movimiento los motores que renovaban constantemente el agua, para que trabajasen durante la noche entera. Así no quedaría en el líquido ni una gota de sangre. De lo contrario, los jardineros, al venir a trabajar a la mañana siguiente, no hubiesen encontrado en la piscina más que una inmensa mancha roja.

¡Menuda sorpresa!

Porque las asquerosas pirañas comían la carne, pero lo que es la sangre no tenían el mal gusto de bebería.

Ya más tranquilo, volvió a la casa. Se sentía terriblemente cansado y arrastraba los pies, aunque una campanilla de felicidad tintineaba en su interior. Al fin era libre. Al fin tendría a Susan. Al fin dispondría sin límites del dinero de su mujer. Al fin la vida era el jardín de los placeres de que había hablado el Profeta.

Descolgó el teléfono, tras colocarlo otra vez en la mesita y marcó el número de Susan, en el elegante apartamento de Pimlico Road.

—Hecho —dijo con un soplo de voz, cuando ella le contestó—: Hecho, muñeca…

CAPÍTULO IV

Susan estaba muy tranquila. Su voz resultó incluso apacible y hogareña al otro lado del hilo.

Era justo lo que John necesitaba: una voz que después de todo volviera a darle la sensación de paz.

—¿Todo ha salido bien? —preguntó ella suavemente.

—Perfecto.

—¿Sin inconvenientes?

—Bueno… Pequeños detalles sin importancia. Ella pareció alterarse un poco.

—No habrás dejado cabos sueltos, ¿eh?

—No, eso no. Te lo juro…

—Vamos a repasarlo todo otra vez. ¿Las bolsas de plástico?

—Están en la cesta. Voy a quemarlo todo ahora.

—Hazlo sin tardar. Mañana no tienen que quedar ni las cenizas.

—Bien, Susan…

—¿No ha quedado ninguna piraña suelta? ¿No se te ha asfixiado ninguna en el jardín ni en el borde de la piscina? Sería lamentable que mañana la encontraran…

—No, Susan. Las he contado mientras las echaba.

—Perfecto… A estas horas ya llevarán rato *trabajando* y al amanecer no quedará nada del precioso cuerpo de tu mujercita. No hay miedo de que se cansen. Esos pequeños y asquerosos monstruos reventarían antes de dejar un bocado. Pero al amanecer tienes que volver a trabajar.

—Lo sé.

—Supongo que los motores renuevan el agua…

—Sí, claro. No quedará en ella ni una gota de sangre.

—Pero quedarán, en cambio, dos cosas. Recuérdalo bien: el esqueleto y los peces. Y los jardineros vendrán mañana.

—¿Cómo voy a olvidarme de un detalle así, maldita sea?

—No te pongas nervioso, John, no te pongas nervioso… Déjame pensar a mí, que estoy en todo. Tienes que sacar el esqueleto y ocultarlo hasta que puedas empezar a trabajar con el torno, una vez se hayan ido los jardineros y las asistentas. Ya hemos determinado el sitio, recuérdalo bien. El baúl histórico que sirve de adorno en el *hall* no lo ha tocado nunca nadie. Y tú guardarás la llave en el bolsillo.

—Sí, querida.

—Pero para sacar el esqueleto sin peligro, necesitas eliminar los peces. No quiero pensar en lo que ocurriría si llegaras a caerte.

Él no dijo que ya había estado a punto de ocurrirle eso. Tembló espasmódicamente ante el recuerdo.

—Naturalmente, mi nena —susurró.

—Por lo tanto, tienen que morir. El procedimiento es sencillísimo, puesto que te bastará con vaciar la piscina.

—Claro… Se vacía en una hora.

—Por lo tanto sobra tiempo. Cuando esos asquerosos bichos hayan muerto, los recoges uno a uno después de sacar el esqueleto. Los metes en un saco y haces el viaje al Támesis. Lo tienes cerca. Te bastará arrojarlos y muy poco después serán devorados por los otros peces. No quedará de ellos ni un lejano recuerdo.

—No —dijo él, tragando saliva—. Ni un lejano recuerdo.

—¿Quieres que vaya yo a ayudarte, cariño? ¿Quieres que te dé un anticipo a cuenta de lo bien que lo vamos a pasar?

El deseaba a Susan, pero estaba destrozado. Con voz maligna dijo:

—Más vale que ahora no lo hagas, cariño.

—A los hombres no hay quién os entienda…

—No es que no lo desee, Susan, pero quiero tener el trabajo terminado antes. Seguiré con el plan al pie de la letra. Mañana a mediodía, cuando los jardineros y las asistentas se hayan ido, volveré a llamarte. Será el momento de empezar a trabajar con el torno. Tendré faena hasta medianoche.

—Y entonces esparcirás el polvo. Ya lo dice la sentencia, ¿no? *Polvo eres y en polvo te convertirás…* Pero eso no reza con nosotros, querido. ¡Nos queda ya tan poco para ser absolutamente libres…!

John dijo:

—Sí, amor mío.

Pero sentía otra vez aquella espantosa bola en la garganta.

El silencio llegó a hacerse insoportable, dramático.

Ella bisbiseó al otro lado del hilo:

—¿Qué te pasa?

—Nada…, nada…

—Pues me ha parecido que te ocurría algo.

Él hubiera deseado contarle cuál había sido la última y espantosa visión. El cuerpo de Evelyn sin hundirse. Sus ojos mirándole… ¡MIRÁNDOLE…! Unos ojos siniestros que él creía encontrar todavía presentes en todos los rincones de la casa.

Susan insistió:

—¡Por favor. John! ¡Contesta! ¿Qué te pasa?

—Na…, nada. Ha sido tan sólo un estúpido pensamiento. No me hagas caso, Susan. Te llamaré mañana después del mediodía.

—Estaré esperando, John. Y telefonéame antes si necesitas ayuda.

—Gracias.

Él colgó.

La mano siguió aferrando durante largos momentos el teléfono como si se hubiese quedado muerta.

Sus ojos errabundos vagaron por la casa. Una casa maravillosa, rica, cómoda, pero quizá demasiado solemne. La había amueblado Evelyn a su gusto y todo estaba lleno aún de su invisible presencia. A John le parecía oír crujidos, le parecía oír voces… Tenía la sensación de que en cualquier momento la iba a ver apareciendo otra vez por una de las puertas de la casa.

De pronto lanzó un grito.

Todo su cuerpo se tensó.

Estaba seguro… Una de las cortinas se había movido… ¡ACABABA DE MOVERSE! ¡Una mano misteriosa la estaba empujando desde atrás!

Dominando su pánico, pues cabía incluso la posibilidad de que un ladrón hubiese entrado allí y lo hubiera visto todo, John saltó hacia aquella cortina. No quería creer en nada sobrenatural. Lanzó otro grito mientras preparaba los puños por si tenía que atacar.

Pero enseguida exhaló un suspiro de alivio.

No era nadie.

Ni siquiera se trataba de un gato.

Simplemente la ventana estaba abierta detrás de la cortina y había entrado una ráfaga de viento. El viento era tan fuerte, tan sorprendente, que en pocos instantes cambió por completo el ambiente del jardín. Ya no flotaba la niebla, sino que todo estaba terriblemente despejado. John pensó en esa palabra, *terriblemente*, porque en el cielo brillaban millones de ojos. Porque todas las estrellas del firmamento parecían espiarle siniestramente desde el Más Allá.

Cerró la ventana.

Un estremecimiento de frío le recorrió.

El viento parecía ahora aullar en todos los rincones de la casa.

¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué el tiempo estaba cambiando de aquel modo? ¿Qué espíritus diabólicos influían en los colores de la noche y en los movimientos del aire?

John sintió miedo.

Era absurdo, pero lo sintió.

El miedo le ahogaba.

Con voz alta, para calmarse a sí mismo, balbució:

—Necesito un trago.

Fue al mueble bar, sacó una botella de coñac francés, el mejor que tenía, y sirvió un generoso chorro en la primera copa que halló a mano. Bebió su contenido ansiosamente, como un rescatado del desierto a quien ofrecen un vaso de agua. Dejó la copa y de pronto sintió que se le helaban hasta los huesos.

Balbució:

—¡Por todos los infiernos…!

Había cometido un terrible, un espantoso error. Ahora se daba cuenta, a causa del sabor extraño que tenía la mezcla, al haber vertido coñac francés, encima del combinado. Simplemente sin advertirlo había utilizado la misma copa que Evelyn dejó. ¡Y en ella todavía quedaba un poco de combinado! ¡El combinado con el somnífero!

John se llevó los dedos a la garganta.

No, no podía ser…

Él no podía estar dormido cuando los jardineros llegasen. ¡Se descubriría todo!

Bruscamente fue al lavabo.

Se metió los dedos hasta el fondo de la garganta.

Intentó vomitar.

Pero tenía el estómago vacío y le fue imposible sacar más que un poco de saliva. Por un instante pensó en llamar a un médico de urgencia para que le hiciese un lavado de estómago, pero eso significaría introducir en el juego un testigo que podía hundirlo todo. Tampoco podía llamar a Susan para que hiciese el trabajo que él no iba a poder hacer. Si calculaba mal el tiempo y uno de los jardineros la encontraba allí, todo se iría al diablo en diez minutos. De la existencia de aquella otra mujer nadie tenía que sospechar nada.

Tragó su propia angustia.

De todos modos, tenía que probar…

Susan era su única esperanza.

Marcó el número, pero nadie le contestó. Durante unos minutos que se le hicieron interminables, mientras su cuerpo se bañaba en sudor, estuvo escuchando el riiiing, riiiing al otro lado del cable. El sueño empezaba a vencerle y todo él se sumía en una atroz indiferencia. Colgó y, con movimientos espasmódicos, marcó el número de la conserjería del elegante edificio de apartamentos donde vivía su amiga.

—Oiga… —preguntó con voz gangosa—. Estoy llamando a la señorita Susan y no contestan. ¿Es que le ha ocurrido algo?

—Oh, no, señor… —le contestó amablemente la voz del conserje—. Ha salido hace unos minutos a cenar por aquí cerca. Iba sola. Me ha dicho que regresaría dentro de media hora.

—Media hora…

—¿Quiere que le dé algún recado, señor?

—No, gracias. Dentro de media hora será…, será demasiado tarde.

Su voz había sonado apenas como un susurro.

El conserje preguntó excitadamente:

—¿Es que le ocurre algo, señor? Oiga… ¡OIGA!

Pero John ya no oía nada.

Colgó.

Podía haber dejado el recado de que Susan se presentara en su casa, donde encontraría la puerta abierta. Pero eso significaba también dejar una pista sencillamente espantosa. Menos mal que el cerebro de John aún funcionaba. Aquello tenía que resolverlo él

solo… Él solo… ÉL SOLO…

Obsesionado por esta idea, fue a trompicones hacia la ducha. Se desnudó como pudo. Se metió bajo el agua helada mientras respiraba afanosamente.

Pero nada.

Ya era demasiado tarde.

Espantosamente tarde.

El sueño le vencía.

Mientras tenía la sensación de que iba a caer de un momento a otro, pensó que si le encontraban desnudo en el cuarto de baño iba a ser peor. Se secó como pudo y fue hacia la cama. Sabía que le faltarían fuerzas para llegar hasta la piscina, y aunque llegase no podría esperar una hora a que el recinto se vaciase de agua. Tampoco sabría recoger las pirañas muertas. Ni sacar el esqueleto…

Todo estaba perdido… Perdido… Perdido…

Esta idea le martilleaba el cerebro como una obsesión.

En un esfuerzo desesperado por despabilarse, y lleno de rabia contra sí mismo, se arañó las mejillas hasta hacerse sangre.

Había sido el estúpido más grande de la historia del crimen.

Le descubrirían como a un niño.

Le meterían en la cárcel para toda la vida. Eso si antes no restablecían la pena de muerte y le colgaban como a un zorro.

Cayó sobre la cama llorando.

Rabioso e impotente a la vez, arañaba las sábanas como un poseso. Pero la brutal indiferencia seguía apoderándose de él.

El sueño le vencía.

Lanzó un estertor que parecía el último estertor de un moribundo mientras repetía:

—Por todos los… los infiernos…

Y quedó dormido.

Lo último que oyó fue el aullido del viento. Aquel viento extraño que recorría Londres como una maldición. Aquella especie de anticipación del infierno.

Aquel soplo abismal que parecía llegar desde el reino de los muertos.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente le hizo recuperarse la luz del sol guiñando en sus ojos. Por lo visto el día estaba magníficamente despejado, porque los rayos de luz llegaban hasta el fondo del dormitorio. El viento había cesado. No se escuchaba ni el menor soplo, ni el menor rumor. La calma era tan absoluta que, de no haber reconocido el sitio en que se encontraba, John hubiera podido pensar que acababa de despertar en el mundo de los muertos.

Pero inmediatamente se llevó las manos a la cabeza.

Ahora su cerebro estaba muy despejado.

Le acometió una espantosa sensación de horror.

Las nueve de la mañana… Su reloj de pulsera se lo marcaba implacablemente. Eso significaba que los dos jardineros llevaban una hora trabajando. Ya habrían descubierto el cadáver. Ya habrían visto aquel horror en el fondo de la piscina.

John fue a tragar saliva.

Ni eso podía.

Tenía la garganta tan rígida como debe tenerla un condenado a muerte cuando va camino de la horca.

Los golpes en la puerta le hicieron saltar casi de la cama. Eran unos golpes enérgicos, autoritarios. Era la ley misma, con toda su potencia, la que venía en su busca para hacerle pagar todo lo que había hecho.

John pensó: «La policía»…

Era natural que hubiesen avisado ya. Era inevitable.

Con una voz que no parecía suya, John murmuró:

—Puede entrar…

Era ya la auténtica voz de un muerto.

Pero ante su violenta sorpresa, no entró allí un voluminoso agente de Scotland Yard, sino Emily, una de las dos asistentas.

Parecía muy inquieta. Con voz suave murmuró:

—Oh, señor…

John pensó: «Ya está. Lo han descubierto, pero aún no me culpan a mí. No han atado cabos aún. Me pedirán permiso para llamar a la policía…».

Sabiendo que estaba derrotado del todo, John susurró:

—Hágalo…

Emily parpadeó.

—¿Hacer qué, señor…?

—Haga lo que está pensando. Llame a la policía.

—¿La policía?

John sintió que rechinaban sus dientes.

«Encima esa maldita se está burlando de mi… —pensó—. Se está burlando, la muy puerca…».

Pero Emily le miraba completamente desconcertada.

—¿Qué le pasa, señor? ¿Han robado algo?

—No —dijo él, sin saber qué pensar—. ¿Pero por qué llamaba usted de esa manera?

—Perdone, señor… Es que como siempre que llego le encuentro entrenándose en el jardín… Hoy he visto que la ducha funcionaba y usted no estaba en ninguna parte. También he encontrado una copa rota en el suelo. Y la señora no está en su habitación… Me he asustado, la verdad. Me he asustado…

John pensó que aquella condenada seguía burlándose. O eso o se había despertado de verdad en el reino de los muertos y allí nada tenía lógica. Guiándose sólo por su instinto de defensa, preguntó:

—¿La señora no está en su habitación?

—No, señor.

—Tuvimos una discusión anoche —susurró John—. En fin…, no creí que se lo tomara así.

—¿Se ha ido?

—Supongo que…, que sí. Pero no tiene importancia. Volverá pronto.

—Sin embargo, está toda su ropa, señor… Y sus maletas…

John pensó: «Maldita entrometida, observadora y buscona…».

Pero se aguantó. Aunque nada de aquello tuviera sentido, de momento le favorecía. Con voz que quería ser tranquila, dijo:

—Eso prueba que se ha ido a dormir a un hotel por un enfado

sin importancia. Volverá… En cuanto a la ducha, no haga caso. Me olvidaría de cerrar el grifo anoche…

—Bien, señor.

—Oiga… ¿Han venido los… los jardineros?

«La explicación lógica está aquí —pensaba John—. Los jardineros no han venido, por lo que sea, y en consecuencia, nadie ha mirado en la piscina. Por eso nadie ha descubierto nada todavía».

Pero la respuesta le dejó helado.

La asistenta dijo:

—Claro que han venido, señor. Llevan una hora trabajando.

—¿De…, de veras?

—Naturalmente, señor…

—¿Y… no han dicho nada?

—¿Que iban a decir, señor?

Él sentía frío hasta en el fondo de los huesos.

—Nada, nada… Anoche bebí un poco y aún estoy algo aturdido, Emily… Deje que me vista.

—Tiene su ropa en la ducha, señor. ¿Se la traigo?

—No, gracias. Me pondré otra.

—Una cosa, señor, he encontrado un trasto extraño. Una gran cesta de mimbre llena de pequeñas bolsas de plástico rotas. ¿Qué hago con ellas?

John se estremeció de nuevo. Ahora sí que tuvo la seguridad de que Emily jugaba una comedia aconsejada por la misma policía, que debía estar oyéndolo todo desde el pasillo. Eso significaba que todo estaba perdido, pero no sería él quien lo enredara más aun diciendo una sola palabra que le culpase. Por lo tanto, bisbiseó:

—Ah, si… Recuerdo vagamente que la señora pidió no sé qué material de estudio y se lo sirvieron en bolsitas de plástico. No haga caso. Cuando ella vuelva ya dirá lo que hay que hacer.

—Bien, señor…

Y Emily se largó.

Era inexplicable.

¿Por qué no intervenía la policía? ¿O es que seguían dándole cuerda para que él mismo se ahogase? ¿Hasta qué extremo?

Como no tenía más remedio que seguir el macabro juego, se vistió. Sus gestos eran maquinales y no se daba cuenta ni de lo que

estaba haciendo. Se puso encima sólo el mono de entrenamiento, porque no hubiera sido capaz ni de anudarse un cinturón. Como un sonámbulo fue al exterior.

Hacía un magnífico día. Un sol maravilloso.

Ni un soplo de viento.

¡Qué diferencia de la noche anterior! ¡Y qué raro que, ahora que todo estaba perdido, los malos espíritus pareciesen haberse dispersado!

Miró en torno suyo.

Ni la sombra de un policía.

Tragando saliva fue hacia uno de los jardineros. Éste podaba un árbol. Le dirigió una sonrisa que a John le pareció socarrona, señal evidente de que seguían dándole cuerda.

—Buenos días, señor.

—Bu…, buenos días.

—¿No se encuentra bien?

—¿Por qué supone usted eso?

—Como hoy no se entrenaba en el jardín.

—No me he sentido bien —dijo John—. Oiga, ¿su compañero?

—Está en el otro lado, limpiando el jardín.

—¿Todo normal?

—¿Normal? ¡Qué va, señor!

John sintió que todos los nervios le pinchaban uno a uno, angustiosamente, nublándole el cerebro.

—¿Qué… qué ha pasado? —balbució.

—¿Le parece poco?

—¿Poco? ¿El… el qué?

—El viento, señor. No se había conocido desde hace mucho tiempo en Londres una cosa así. Menuda ventolera la de anoche… Los árboles han quedado sin hojas.

—¿Y… qué?

—Pues que habrá que limpiarlo todo. El jardín quedará hecho un asco si dejamos que las hojas se pudran encima del césped. La hierba que queda debajo no respira y se corrompe también… ¿Manda usted algo especial, señor? Nosotros haremos todo lo que podamos.

El asesino tragó saliva espasmódicamente. Dijo con suavidad:

—Na… nada…

Y se dirigió hacia la piscina dando un rodeo, como quien no quiere la cosa.

La piscina estaba materialmente rodeada de árboles para evitar las miradas indiscretas, por lo que no se hacía visible hasta que uno estaba encima de ella. Mientras se acercaba oyendo el ruido de sus propios pasos, John sentía que la lengua se le pegaba al paladar. Por una especie de milagro, aquellos imbéciles no habían mirado aún la piscina, pero de todos modos lo descubrirían en cuanto se asomasen. No sabía qué era peor: si estar convencido de que todo estaba perdido, como antes, o tener que afrontar desde el principio aquella situación macabra.

Sudaba copiosamente.

No sabía si convendría lanzar un grito de horror en cuanto llegase a la piscina.

No sabía si convendría que él *descubriese* el cadáver.

De todos modos, ya no podía ocultarlo.

Quizá sería mejor precipitar las cosas de una vez.

Con el alma en un hilo, si es que John tenía alma, llegó al borde de la piscina. Y entonces lanzó un grito, pero de asombro. Porque no se veía ni un palmo de agua. El vendaval de la noche anterior había lanzado sobre la piscina tal cantidad de hojas que una espesa capa de éstas la cubría por completo. Al igual que en un lago cubierto de nenúfares, resultaba imposible distinguir absolutamente nada.

Sintió que se le secaba la garganta. Era como un milagro.

Un milagro que de momento le salvaba, que le permitía seguir luchando…

La voz dijo entonces a su espalda:

—Apártese.

John pegó tal brinco que estuvo a punto de caer al agua. Su propio horror le hizo convulsionarse. Una mano le sujetó por el hombro, mientras él pensaba angustiosamente: «De todos modos, era una trampa. Ya está aquí la policía…».

El segundo jardinero, que había impedido que cayese al agua, le preguntó:

—Perdone… Le he asustado sin querer, señor… ¿Es que le pasa algo?

John hundió la cabeza.

Estaba tan aterrado que no podía ni ponerse en pie.

—No —dijo—. Es que… Bueno, ¿qué hace usted aquí?

—Le he dicho que se apartara, señor, porque iba a retirar esas hojas.

—¿Con qué motivo?

—¿Y lo pregunta, señor? No querrá que se pudran en el agua…

—Es que…

—Menudo ventarrón el de anoche, ¿eh, señor?

—Pues

John no podía ni hablar. El otro dijo:

—Oiga, ¿fue usted quién dejó abiertos los motores para que se renovara constantemente el agua?

—Sí…

John se maldijo a sí mismo.

Al dormirse, no había tenido tiempo de cerrarlos.

—Pues la ha hecho buena —gruñó el jardinero—. Todo esto le costará un buen puñado de libras, señor. Las hojas han taponado los filtros, han llegado hasta los conductos y los motores se han quemado. En fin ustedes tienen dinero para tirar… Apártese. Empezaré a recoger las hojas.

Llevaba un gran palo terminado en una red, como los que se usan para pescar moluscos. John le apartó vivamente.

—Ocúpese del jardín —dijo—. La piscina no la uso en esta época del año, de modo que la puede dejar hasta mañana. Gracias.

—Como mande, señor… ¡Pero menuda forma de patearse el dinero!

Y se alejó. John sintió que los pulmones se le volvían a llenar de aire. Con las piernas agarrotadas, se apartó poco a poco de aquel recinto de la muerte.

Debajo de las hojas muertas estaba el horror.

Estaban las pirañas asesinas.

Estaba el esqueleto de Evelyn.

Debajo de aquel mundo vegetal, quieto y silencioso, sus ojos seguían mirándole…

¿Sus ojos?

John estuvo a punto de tropezar de nuevo. Como un fantasma se arrastró hasta la casa para llamar a Susan.

En el aire, en la lejanía, en el infinito, parecía resonar una

carcajada de ultratumba.

Cada vez más cerca…

CAPÍTULO VI

También sonaba muy cerca la voz de Susan al contestar. Parecía estar allí mismo.

Se le notaba ansiosa.

—He pasado un rato espantoso… —dijo—. No me atrevía a llamarte por prudencia, pero esto no era vivir… ¿Nadie nos oye?

—No. Estoy solo en mi despacho, y además te hablo por la línea que no tiene supletorios. Aunque descuelguen un teléfono en otra habitación no pueden escucharnos. ¿Tú estás sola también?

—Claro… Por eso te digo que no vivía. Cuando llegué de cenar anoche, el conserje me contó que un hombre había preguntado por mí y que le había causado una sensación muy extraña, como si le ocurriera algo… ¿Eras tú?

—Sí, era yo.

—¿Y qué ha ocurrido, John?

—Nada… y mucho. Nuestros planes se han retrasado unas horas, pero ya te contaré. Creo que a partir de mediodía tendré que recuperar el tiempo perdido.

—¿No has sacado el… el…?

—No.

—¡Estás loco!

—No te inquietes. Ahora no pueden descubrirlo. Pero para que puedas ayudarme, ven hacia las cuatro de la tarde. Entra por la puerta trasera y nadie te verá. Llega a pie desde la estación del Metro. Nada de taxis ni coches propios. Entre los dos liquidaremos esto enseguida.

—John… ¡No te entiendo!

—Cálmate. No ocurre nada. Ha sido un milagro, pero creo que todo sigue tan perfectamente bien como lo habíamos planeado al principio, aunque con unas horas de retraso. No lo olvides. A las cuatro.

Y colgó.

Sus facciones estaban impasibles.

Había recobrado la calma y la frialdad de un perfecto asesino. No cabía duda de que sólo por una especie de milagro no habían sido descubiertos, pero si la suerte le había ayudado de aquella forma asombrosa, seguiría ayudándole. Estaba seguro. Ahora se sentía más dueño de sí mismo que en cualquier otro momento de su vida. Nada iba a fallar.

Como en el interior de la casa no había ninguna huella sospechosa, pudo dejar tranquilas a las asistentas para que trajinaran a su gusto. El peligro estaba en la piscina, y para evitar que alguien se acercara a ella hizo algo que al fin y al cabo era perfectamente natural. Se puso a hacer *footing,* gimnasia y a practicar saltos en el jardín, siempre bien cerca de la piscina, para evitar que los jardineros se acercaran a ella ni un solo instante.

Y nada ocurrió.

Bastante trabajo tenían los jardineros con todo lo que había caído sobre el césped, de modo que al final de la mañana era John el único que se acordaba de la piscina. Era la una más o menos cuando se despidieron de él.

—Buenos días, señor.

—Continuaremos mañana.

—Pero recuerde que los motores están obstruidos, señor. Habrá que llamar a algún especialista.

—De acuerdo, lo haré —dijo John, logrando sonreír—. Como hoy han trabajado con exceso, mañana tendré mucho gusto en pagarles un suplemento e invitarles a una copa. Y ahora no pierdan tiempo. Seguro que quieren ver la televisión y descansar un rato…

Los jardineros se fueron dándole las gracias. Estaba claro que no sospechaban ni remotamente lo ocurrido. La misma actitud amable observó John con las dos asistentas.

—Este mes les pagaré un suplemento —dijo—. Y perdónenme por haber dejado la ducha funcionando. El cuarto de baño estaba hecho una calamidad.

—No se preocupe, señor. Para eso venimos.

—Perdone también por el susto que le he dado, Emily.

—Eso es lo de menos, señor. ¿Pero no va a hacer nada para que vuelva la señora? ¿No avisará a la policía?

John se mordió el labio inferior, pero logró adoptar una actitud desenvuelta. Al fin y al cabo todo aquello le favorecía, ya que la desaparición de Evelyn él tenía que justificarla como una inesperada fuga del hogar. Puso un cigarrillo en sus labios mientras murmuraba:

—Es muy penoso para mí, compréndalo, y por eso mismo no quiero avisar a la policía. Otras veces hemos tenido disgustos y siempre se han arreglado las cosas. También se arreglarán esta vez. Estoy seguro de que volverá pronto.

Cuando la casa volvió a quedar sola, John exhaló un suspiro de alivio que debió oírse más allá de los esbeltos olmos que lo aislaba del exterior. Jamás había pasado tanto miedo como horas antes, pero la situación estaba resuelta. Al fin y al cabo era verdad lo que le había dicho a Susan. El problema era insignificante puesto que se limitaba al retraso de unas horas.

Cuando llegó Susan, a las cuatro de la tarde, la niebla había vuelto a enseñorearse de la zona. En contraste con el huracán de la noche anterior, ya no se movía ni un soplo de viento. Los árboles que habían quedado casi desnudos tenían un aspecto nostálgico y lleno de poesía, pero a la vez macabro. Parecían acechar. Había algo en el aire que no se podía definir, algo que helaba la sangre. John se dio cuenta de que no podía mirar a la piscina porque sentía frío hasta en la médula de los huesos.

Todo cambió, sin embargo, al llegar Susan. Ella era la vida, era el amor, era la sensualidad más desenfrenada. A pesar de que venía a ayudarle en una tarea absolutamente macabra, se había vestido como una *cocotte* de alta categoría. Llevaba zapatos de atrevido tacón, medias negras, un vestido color limón y un sombrerito de colegiala. Todo eso, unido a su rostro sensual y exótico, a sus labios turgentes, a sus formas audaces, componía un conjunto ante el que ningún hombre se hubiera atrevido a resistir. Y mucho menos John, que estaba locamente enamorado de ella.

Lo único que balbució fue:

—Si has venido en el Metro has debido causar una… una revolución.

—Hum… Los hombres me miraban, eso es todo. ¿Te gusto?

Claro que le gustaba… Él tenía la boca seca. Sentía que las manos se le iban hacia aquel prodigioso cuerpo.

—Supongo que nadie te habrá seguido hasta aquí… Sería terrible.

—No temas, nadie me relacionará con esta casa. ¡Toda la zona es tan solitaria…! Y ahora no perdamos tiempo. ¿Es que no quieres un anticipo de lo que va a ser nuestra vida maravillosa, cariño?

Se dejó caer en una de las butacas con las piernas al aire. El espectáculo era fascinador. John perdió la noción de todo.

Sobre el jardín solitario, en torno a la casa aislada, iba espesándose más y más la niebla.

* * *

Fue ella la que lo dijo cuando hubieron terminado de abrazarse. Eran ya las cinco y no habían hecho nada aún, excepto dedicarse uno al otro. En los deliciosos labios femeninos se dibujó un rictus de intranquilidad.

—Tenemos que aprovechar la luz… —dijo—. No conviene que llamemos la atención encendiendo los faroles del jardín.

—No claro.

—Cuánta niebla hay, ¿verdad?

—Anoche, sin embargo, las estrellas parecían mirarme desde el infinito… No sabes tú la angustia que pasé. En fin, ya no hay peligro y podemos dedicarnos al trabajo. Vamos a la piscina.

—Más valdrá que me ponga algo más cómodo que estas ropas ¿no? ¿Tienes prendas de Evelyn?

—Sí. Hay un par de monos de entrenamiento, porque ella también hacia de vez en cuando ejercicios en el jardín. Puedes usar uno.

—De acuerdo, ¿cuál es el armario?

—Yo te acompañaré. Había olvidado que tú sólo has estado un par de veces de visita en esta casa.

La llevó al dormitorio de Evelyn, que estaba separado del suyo, conforme a ciertas rancias tradiciones de la aristocracia inglesa. Los armarios roperos eran inmensos. John los abrió y señaló el sitio en que Evelyn solía guardar sus prendas deportivas.

—Ahí —dijo.

Ella buscó.

Al cabo de unos instantes se volvió desconcertada.

—Oye… —dijo.

—¿Qué?

—¿No habías dicho que aquí encontraría un *chandall*?

—Pues claro…

—Aquí no hay nada.

John examinó el interior del armario, mientras sentía confusamente que una sensación de frío volvía a llegar hasta sus huesos. Estaba seguro de que el día anterior había allí un par de monos de entrenamiento de Evelyn.

No lo entendía.

Sus ojos se entrecerraron un momento, mientras tenía la oscura sensación de que la niebla se espesaba más y más en torno a la casa.

—Bueno… —dijo—, de todos modos la explicación tiene que estar clara. Las asistentas han debido pensar que estaban sucios y los han metido en la lavadora.

—¿Quieres que nos aseguremos?

A John no le gustó la pregunta de Susan. Un silencio pesado flotaba ahora entre los dos, un silencio en el que incluso se oían los sonidos lejanos de relojes que no hubieran tenido que oírse. Con voz opaca balbució:

—¿Por qué… hemos de aseguramos?

—No, por nada…

—Seguro que están allí. En la casa no ha pasado nada extraño, ¿comprendes? Nada extraño. Vamos a la piscina.

—Como quieras, John. Sólo lo he dicho por decir.

Él le dio un cachetito amistoso en la mejilla y la contempló admirado mientras se enfundaba de todos modos unos pantalones de paseo y una blusa, con los cuales podría trabajar más cómoda. Fueron luego hacia la piscina atravesando una niebla casi irreal, una niebla que por minutos parecía ir haciéndose más y más espesa.

Vieron aquel mar de hojas cubriéndolo todo. Susan, que ya había sido informada de lo sucedido, balbució:

—Es asombroso…

—Pues a ello hemos debido nuestra suerte. Imagina que hubieran descubierto el cadáver esta mañana.

—No quiero ni pensarlo… Vamos, vacía la piscina cuanto antes. No es que me guste el espectáculo, pero tengo que ayudarte, John.

Tengo que hacerlo.

Él la miró casi conmovido. Deliciosa mujercita que no le dejaría en un apuro jamás… Por él iba a afrontar el espectáculo macabro de las pirañas brincando y del esqueleto mondo y lirondo descansando en el fondo de la piscina. Era como para no olvidarlo. Movió el interruptor que ponía en marcha los motores y no oyó nada.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué pasa…?

—¡Maldita sea!

—¿Qué…?

—Ya me lo han advertido los jardineros. Al ir renovándose el agua, las hojas caídas han taponado los conductos. Los motores se han quemado. Esto no funciona.

Ella palideció intensamente.

Sus labios temblaron.

—John… —balbució—. Y ahora qué… ¿qué vamos a hacer?

—No te preocupes. Sacaremos el esqueleto de todos modos.

—Pero no podemos. Están las pirañas…

Él también había palidecido mortalmente. Después de hacer y rehacer cien veces sus planes, resultaba que no habían contado con aquello. Una simple avería en los motores lo echaba todo a rodar.

Pero aún no estaba perdida la partida. Con voz ronca decidió:

—No es tan grave. Emplearemos un bichero, es decir un largo palo con un garfio en un extremo, que sirve para sacar objetos de la piscina sin necesidad de vaciarla. Yo tengo uno.

—¿Resistirá el peso?

—El esqueleto de Evelyn no puede pesar más de treinta kilos —dijo él—. Claro que resistirá.

Imaginó el espectáculo siniestro de la osamenta surgiendo de las aguas, pero no quiso hablar de ello. Cuanto antes pasaran aquel mal rato, mejor. De modo que fue a buscar la red que aquella mañana el jardinero estaba dispuesto a usar.

—¿Qué haces? —preguntó Susan.

—Tengo que quitar las hojas, ¿no?

—¿Para qué?

—Mujer, para meter el bichero tengo que ver antes dónde está el esqueleto. Parece mentira que preguntes eso.

Ella se llevó una mano a los ojos mientras los cerraba un momento.

—Tienes razón… ¡Qué tonta soy…! No sé qué me pasa.

—Tienes razón —dijo John—. Este ambiente desconcierta a cualquiera, pero no debes hacer caso. Tampoco te debes impresionar por el recuerdo de aquella ropa que faltaba. Es una tontería, ¿sabes? Vamos, hay que trabajar.

Se puso con entusiasmo a retirar las hojas de la superficie, pero teniendo buen cuidado de no hundir demasiado la red para no atrapar ninguna piraña. Como había esperado, el agua de abajo estaba perfectamente limpia. Ni una manchita de sangre. Una vez retiradas las hojas y el esqueleto, nadie adivinaría que aquel lugar paradisíaco había sido el escenario siniestro de un crimen.

Mientras trabajaba, murmuró:

—El único problema van a ser esos peces del diablo.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Tendré que llamar a unos técnicos para que arreglen los motores del desagüe y desobstruyan la tubería. En esos casos se suele meter uno de ellos en el agua con un tubo de goma en la boca para respirar. ¿Cómo demonios consiento yo que se meta? ¿Qué voy a decir?

—Ti…tienes razón.

—Hay que liquidar a esos malditos peces antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario nos pueden comprometer tan gravemente que todo se irá al diablo. Imagina que se comen a alguien y la policía empieza a atacar cabos.

—No quiero ni pensarlo…

—Algún sistema habrá para liquidarlos. Tal vez echando enormes cantidades de cloro…

—Seguramente —dijo Susan con voz apagada.

John iba trabajando mientras reflexionaba. Notaba los peces chocar contra la red y eso le causaba un frío horror. Con regularidad iba dejando las hojas a un lado de la piscina, que quedaba más y más despejada.

—Y si el cloro falla, hay un sistema que no fallará. O dos. Puedo buscar un sitio donde aún fabriquen barras de hielo, hacerme traer una camioneta y meterlas todas en el agua. El brusco bajón de la temperatura hará que la diñen esos malditos bichos acostumbrados

a las aguas tropicales. El sistema contrario quizá sea más sencillo aún. Puedo traer en sucesivos viajes ocho o diez barriles de petróleo y derramar su contenido ahí. Cuando le pegue fuego, el agua que habrá abajo se pondrá a hervir. Y dudo que a esos bichos asquerosos les guste acabar como una langosta. Je, je… Hasta podremos zamparnos alguno con mahonesa, si te apetece…

Lanzó una carcajada ronca y de mal gusto que resonó lúgubremente en el silencio de la tarde. Aquella muestra de humor negro no gustó nada a Susan, quien arrugó el ceño. El propio John se dio cuenta unos segundos después de que acababa de pasarse de la raya, queriendo animar el ambiente un poco. Resultaba difícil olvidar que aquellos bichos asquerosos, de los que había dicho que podían zamparse uno con mahonesa, se habían zampado previamente el cadáver de Evelyn.

Con voz opaca dijo:

—Perdona.

Susan se llevó las manos a la boca. Estaba más nerviosa cada vez. Sin que se supiera por qué, iba de un lado a otro de la piscina como si alguien la persiguiese.

Al fin balbució:

—John…

—¿Qué?

—Está ca…casi descubierta la piscina y el esqueleto no se ve por ninguna parte.

Él frunció el ceño.

Había trabajado maquinalmente hasta entonces, pensando sólo en el problema de las pirañas. Lo demás lo daba por hecho. Pero ahora se daba cuenta de que, en efecto, tres cuartas partes de la piscina estaban descubiertas ya, y sin embargo el esqueleto no aparecía por ningún lado.

Dijo:

—Bueno…

—¿Bueno qué…?

—Seguro que la fuerza del agua al salir de la piscina la ha ido arrinconando en aquel lado —murmuró él—. Es el único lado que aún está cubierto. Espera…

Y sacó el resto de las hojas.

Pero él también estaba más nervioso cada vez.

El silencio, la niebla, el vacío, penetraban en su cerebro como agujas envenenadas que lo atravesaban lentamente.

Sacó las hojas.

Hasta la última.

Hasta la última…

Y de pronto Susan volvió a balbucir:

—¡John!

Porque era espantoso lo que estaban viendo.

O mejor dicho, lo que estaban *no* viendo.

Porque la piscina estaba totalmente vacía.

¡Porque el esqueleto de Evelyn no aparecía por ninguna parte…!

CAPÍTULO VII

Otra vez aquella sensación de vacío espantoso envolvió a John. Veía el rostro de Evelyn como si formase parte de la niebla. Veía los árboles desnudos, más allá de los cuales, muy lejos, desfilaban los autobuses que tenían su final de línea en Regents Park o en Charing Cross: Le parecía oír dentro de su propio cráneo el tic-tac monótono, exasperante, increíble, de todos los relojes de la casa.

Durante largos minutos fue incapaz de hablar.

Los pulmones le quemaban. No se daba cuenta, pero estaba conteniendo la respiración hasta extremos increíbles.

Al fin ella balbució:

—¡John…!

Parecía incapaz de decir otra cosa.

Y de pronto sus nervios saltaron. De repente aquella mujercita sumisa, sensual, llena de *sexy* y de encantos secretos, se convirtió en una especie de fiera asustada que sólo pensaba en golpear y huir. Saltó sobre él y empezó a descargarle los puños contra el pecho con toda su rabia. Gracias a que John era un atleta no cayó, pero de lo contrario es muy posible que se hubiera desplomado al fondo de la piscina, donde pululaban los diabólicos peces. Y es muy posible que ella misma, mientras le golpeaba, hubiera caído también.

—¡Maldito! —gritó—. ¡Me has engañado, perro! ¡A última hora te faltó el valor para lanzarla! ¡La dejaste huir! ¡Ya sabía yo que eras un cobarde! ¡Has estado haciendo esta comedia innoble porque no te atrevías a decírmelo, pero al final todo se ha aclarado! ¡La dejaste escapar! ¡Ella huyó de esta casa con aquella ropa de entrenamiento! ¡No la echaste al agua, maldito! ¡No la echaste al agua…!

Seguía golpeándole con todas sus fuerzas, presa de una especie de ataque de nervios. John tuvo que sujetarla mientras balbucía:

—Pero… Susan…

Valiéndose de su fuerza superior, consiguió al fin sujetarla y la sacó de allí, alejándose ambos del terrorífico borde de la piscina. Casi a rastras la llevó al interior de la casa.

Ella seguía llorando y gimiendo.

Pateaba.

Costó trabajo hacerla sentar en uno de los divanes y obligarla a beber una gran copa de coñac. Sólo entonces pareció disminuir su pánico. Hundió la cabeza entre los brazos y se puso a sollozar quedamente.

John bebió directamente de la botella.

Estaba aterrado.

Pero ante todo necesitaba recuperar la confianza de Susan, por la cual había hecho todo aquello y sin la que se sentía incapaz de ir a parte alguna. Se sentó a su lado, le acarició los cabellos y musitó:

—Te juro que lo hice, Susan. Lo hice todo al pie de la letra.

—¡No, no la mataste! ¡Ahora sé que no le tocaste un pelo de la ropa!

—¿No te das cuenta de que lo que dices es absurdo? —susurró él, con una calma glacial que venía del fondo de su propio terror—. En primer lugar, no tenía por qué engañarte. En segundo lugar, si la hubiese dejado huir ella ya me habría denunciado a la policía. En tercer lugar, no iba a ir por Londres con un *chandall* de entrenamiento. Y, por último, no falta un *chandall*, sino dos.

Con aquellas palabras esperaba calmar a Susan y devolverle la confianza en él, que le era tan necesaria. Y, en efecto, lo consiguió. Pero también se produjo un efecto absolutamente contrarío y sin embargo absolutamente lógico. Fue aquella nube de miedo que flotó de pronto en los ojos de Susan, aquel miedo profundo, casi insondable, aquel pánico que parecía tener sus raíces en los fantasmas del otro mundo.

—Pero entonces —dijo ella—, si la echaste al agua, ¿dónde está?

—Quizá consiguió salir —musitó él.

—Es absurdo. Tú mismo tomaste una mínima parte del somnífero que ella había tomado y quedaste dormido. El mismo pánico que sentía, según me has contado, le impedía cerrar los ojos, pero le faltaban las fuerzas. Si no logró impedir que la arrastraras hasta el borde de la piscina, menos pudo salir del agua. Tú mismo viste cómo se hundía, según me has contado. Y luego estaban las

pirañas. ¿Sabes tú lo que tardan esos miserables bichos en despachar un cuerpo humano?

—No… No quiero pensarlo. Aunque habíamos calculado que quizá una hora…

—Una hora como máximo, teniendo en cuenta que eran pocas. Pero me refiero a dejar los huesos mondados. En matar a una persona habían de tardar mucho menos. Unos minutos tal vez. Antes de que ella pudiera llegar al borde de la piscina, esos asquerosos peces ya le habrían devorado los ojos.

John sentía otra vez aquella contracción en la garganta.

Balbució:

—Pues entonces…

Demasiado sabía que la pregunta no tenía respuesta. Su mirada aterrada encontró la mirada aterrada de Susan.

Durante un rato que les pareció interminable, angustioso, ambos permanecieron en silencio.

Luego ella bebió más coñac directamente de la botella. Se le notaba completamente aterrada. Tuvieron que pasar otros minutos interminables para que al fin dijese:

—¿Hay algo que no me hayas contado, John? ¿Te explicó ella alguna cosa antes de morir?

—Pues…

—Háblame con franqueza, John. Estamos los dos metidos en el mismo barco. Háblame con sinceridad, aunque te queme la lengua.

—Bueno, pues… En fin, ya sé que no tiene sentido lo que voy a decirte. Pero Evelyn me pidió que no la matara. Me juró que lo lamentaría.

—Ya sé que es tonto decirlo, pero ¿crees que una mujer así puede tener algún poder sobrenatural?

—En otras circunstancias me reiría, Susan, pero ahora no me río. Evelyn recogió toda la sabiduría de su padre que murió loco en un manicomio, pero, sin embargo, había llegado a conclusiones que hacen estremecer. Por su parte, Evelyn sólo vivía para la ciencia. Decía que buscaba la esencia de la inmortalidad. Poco antes de matarla estuvimos… estuvimos hablando de eso.

—¿Te dijo algo más?

—Pues… nada que pueda tomarse en serio. Pero lo que Evelyn había llegado a descubrir, lo que ella sabía, es algo que se llevó a la

tumba. Conocía todos los ritos sagrados de las religiones prohibidas, desde el vudú hasta el culto a la diosa Siva. Habían pasado por sus manos tantos muertos que su existencia era una sucesión de horrores, pero ella ni lo notaba. Todo eso no tiene el menor significado sobrenatural, Susan, pero ahora… ahora me parece que ni un solo pensamiento tiene sentido.

Otra vez pesó sobre ellos el silencio. El tic-tac de los relojes de la casa penetraba en sus cerebros de un modo obsesionante. Encogidos, acorralados por aquel clima de horror, se sentían prisioneros de las sombras.

Al fin él balbució:

—No puedo resistir más, Susan. Vámonos de Londres.

Pero ella negó con la cabeza.

—Hay momentos en que las mujeres tenemos más serenidad que los hombres, John —dijo suavemente—. Éste es uno de ellos.

—¿Qué… quieres decir?

—Quiero decir que no podemos huir ahora. Hemos llegado demasiado lejos. Esto ha de tener una explicación lógica, pero si no la tuviese tampoco podríamos huir. Para que te nombren administrador de sus bienes, tienes que demostrar que Evelyn ha desaparecido.

—Pues ha desaparecido, en efecto.

—Tú sabes que no. Mientras no hallemos su cadáver, ninguno de los dos podemos dar un paso con un mínimo de seguridad. Pasemos revista a los familiares de Evelyn, a los que se opondrán a que a ti te den la administración de sus bienes.

—Pues…, pues en primer lugar está su hermano Pat.

—Rico, ¿no?

—Riquísimo y sin hijos. Por lo tanto Evelyn es su heredera. Bueno… quiero decir que lo era. Los dos hermanos siempre habían estado muy unidos, y por sistema se opondrá a cualquier cosa que yo pida sobre los bienes de Evelyn.

—Eso significa que has de estar preparado para resistir sus embates. Que debes tener la absoluta seguridad de que Evelyn ha muerto y jamás la encontrarán. Si de repente apareciese, sería desastroso.

—No hace falta que me lo digas —gruñó él, estremeciéndose ante aquella simple posibilidad.

—¿Quién más hay que tener en cuenta?

—Su sobrina Magda. Es hija de otro hermano que murió.

—¿Rica?

—Imagínate. Tiene la parte que era de sus padres. También Evelyn es su heredera, al igual que Pat, pues son sus parientes más cercanos. Magda no tiene demasiado carácter y no se cruzará en mi camino por su propio gusto. No le gustan los problemas. Pero, a la hora de la verdad, hará lo que Pat le diga.

—Comprendo. Por lo tanto es otra persona ante la cual hay que tener una absoluta seguridad.

—Sí.

—¿Alguien más?

—Bueno… Están los abogados, los banqueros… Pero ésos tendrán que callarse si yo venzo a Pat y a Magda. Me bastará con demostrar de una forma indubitable que Evelyn ha huido y que está en ignorado paradero. A la policía le parecerá extraña la situación y se hartará de investigar, pero como no averiguará nada me dejarán en paz al final. Dentro de un año seré el administrador y dentro de diez o doce su heredero. Legalmente no queda otra salida.

Ella inclinó la cabeza.

Parecía hundida en un mar de pensamientos que por un lado eran optimistas, pero que por otro la sumían en un universo de horror.

Balbució:

—Necesitamos estar seguros, John…

Él apretó los puños salvajemente.

Yo sí que estoy seguro de una cosa, Susan.

—¿De… de qué?

—Esos perros. Los jardineros. Han hecho perfectamente la comedia, pero está bien claro que descubrieron el cadáver esta mañana a primera hora a pesar de las hojas. Podían haber avisado a la policía, pero eso les hubiera proporcionado muchas molestias y ni una libra esterlina. En cambio, ocultando el esqueleto, me podrán sacar a mí todo el dinero que les dé la gana. Saben que me tienen en sus manos y no se darán prisa. Seguro que se han llevado el esqueleto en la furgoneta y luego han trazado con calma un plan. Tardarán muy poco en pedirme dinero. Ya verás cómo enseguida suena el teléfono. Juraría que…

Susan dio un brinco en su asiento. Todos sus músculos se tensaron.

El estruendo parecía haber llenado la silenciosa casa. Pálida como una muerta balbució:

—El teléfono…

CAPÍTULO VIII

Un simple aparato telefónico puede parecer en determinados momentos algo sobrenatural, y ése era uno de los momentos. Los dos miraron como hipnotizados aquel chisme negro que llenaba de timbrazos insistentes la casa. John tendió la mano hacia él, pero enseguida la volvió a retirar, como si el aparato quemase.

Susan musitó:

—Tiene que ser lo que tú dices…

—Entonces no contestaré. Les pondré nerviosos a ellos.

—Es una tontería, John. La única táctica que no podemos emplear es la del avestruz, ocultando la cabeza en la arena. Tienes que saber lo que quieren, darles largas. Por lo menos ya sabemos una cosa esencial: Evelyn está muerta.

Cosa extraña, él se tranquilizó. Aquel mundo irreal y de pesadilla que les había envuelto por unos momentos, se derrumbó como un castillo de naipes. Al menos ahora las cosas estaban claras otra vez.

—Es una simple cuestión de dinero —dijo—. Trataré con esos cerdos, pero no me dejaré avasallar.

Y descolgó.

Preguntó con voz áspera:

—¿Cuál de los dos jardineros es? ¿O quizá son los dos? Les advierto que…

Una voz suave y casi consternada le habló desde el otro lado del hilo.

—Pero, John… ¿Desde cuándo me confundes con un jardinero? No es que yo sea el hombre más importante de Inglaterra, pero, cuerno, he sido diputado tres veces por el Partido Conservador y se habla de que me van a dar la Orden de la Jarretiera. El que me confundas con un pinchaúvas no me hace demasiado honor.

John balbució asombrado:

—Pat…

—Suponía que te encontraría en casa o en el club. Oye, quiero hablar con mi hermana. He llamado al… ¡ejem!… al depósito de cadáveres y me han dicho que hoy no se había dignado alegrar a los muertos con su presencia.

John tragó saliva.

Bueno, en algún momento había que dar la noticia a la familia, de modo que resultaba mejor empezar ahora. Susurró:

—Pat, he de darte una mala noticia.

—¿Está enferma?

—No, no… Está perfectamente. Por lo menos anoche lo estaba, cuando la vi por última vez. Tu hermana me ha abandonado.

—¿Queeeeé…?

—Nuestro matrimonio ha hecho crisis. Ya sabes que habíamos tenido disgustos y que un par de veces se fue a dormir al hotel, pero me temo que en esta ocasión la cosa sea más seria. Anoche se fue y me ha sido imposible localizarla. No está en ninguno de los hoteles más lujosos de Londres.

Se oyó un carraspeo al otro lado del hilo.

—Bueno… —dijo Pat—, yo comprendo que mi hermana tiene un carácter extraño. Es la que más se parece al pobre papá. Pero lo que es tú… En fin, todo el mundo sabe que eres un zángano. La has ayudado muy poco.

—No empecemos ahora con reproches, Pat. Ni los necesito, ni son justos, ni estoy dispuesto a admitirlos.

El otro se resignó.

—En fin… Un cuñado no tiene por qué meterse en los líos de un matrimonio —dijo—. Espero que lo vuestro sea un conflicto temporal solamente, pero si las cosas se complican no me importa decirte que consideraré un deber apoyar a mi hermana. De momento te ayudaré.

—¿Ayudarme? ¿En qué?

—Pues tratando de encontrarla, hombre… Si tú has llamado a los hoteles de lujo, yo recorreré en persona los hoteles más modestos y hasta las pensiones. Al fin y al cabo, un hombre importante como yo no tiene nada que hacer. Ya te avisaré cuando la encuentre.

Y colgó.

John se volvió hacia la ojerosa Susan.

—Hemos tenido suerte —dijo.

—Era Pat, ¿no? ¿Y por qué dices que hemos tenido suerte?

—Muy sencillo. Él mismo la buscará. Es fácil que incluso contrate detectives. Por lo tanto, dentro de dos semanas será el primer convencido de que Evelyn ha desaparecido para siempre.

—Y el primer convencido de que la policía debe intervenir.

—Ya contábamos con eso, Susan. El juez no me dará la administración de los bienes hasta que la policía me encuentre limpio de toda sospecha. Es la prueba que hemos de pasar, pero todo está bien calculado. Ahora sólo falta que me llamen esos cerdos.

—¿Los jardineros?

—Sí.

Fue a la caja donde estaban los cigarrillos, se puso uno en la boca y avanzó hacia su despacho. Allí tenía una libreta con la dirección de los dos tipejos. Quería sorprenderles él, quería derrotarles de antemano tomando la iniciativa. En lugar de esperar a que le llamaran, iría a visitarles aquella misma tarde.

Le extrañó ver que el día se había encapotado terriblemente. Una noche prematura avanzaba. Las masas de niebla se iban volviendo de un triste color gris-negro que hacía pensar en todos los presagios.

Otra vez volvió a sentir la tensión insoportable del miedo.

¿Qué era aquello?

¿Por qué le parecía que cambiaba el color de la luz?

¿Por qué le había parecido oír aquellos pasos a su espalda?

¿Eran sueños?

¿O era que alguien estaba a… allí?

John sintió que el horror le dominaba.

Fue a volverse.

Pero ya no tuvo tiempo.

La mano cayó entonces sobre su boca, impidiéndole chillar. Un aliento caliente y vil se abatió sobre su nuca.

CAPÍTULO IX

Hay momentos terribles en que el pensamiento funciona con la rapidez del rayo. John había estado pensando en que Evelyn vivía, en que quizá le saltaría a la espalda, y cuando aquello sucedió sintió un golpe tan terrible en el cerebro que su corazón estuvo a punto de pararse. Pero le salvó la rapidez de su pensamiento. Porque enseguida se dio cuenta de que no era una mano de mujer la que había caído sobre él, sino una mano de hombre.

Una voz desconocida dijo:

—Quieto.

Y una cosa dura se clavó en su espalda.

John se dio cuenta de que tenía que ser una pistola.

Y pensó que la cosa no dejaba de tener gracia. Se trataba de un atraco. ¡Un atracador venía hacia él, que era un asesino…! Por lo visto en aquella casa se estaba reuniendo la mejor gente de Londres.

Pero no era lo que había pensado. Al instante la voz dijo:

—Quiero hablar con usted. Lléveme adonde estaba con esa golfa.

La mano resbaló un poco, dejando libres los labios de John. Éste bisbiseó:

—¿Quién es usted?

—Un compañero de su mujer.

—¿Un… compañero… de mi mujer?

—Naturalmente que sí.

—No lo creo. Usted es un simple atracador. Quiere llevarse de aquí las joyas y el dinero, ¿no? Y para eso necesita atemorizar también a esa señorita.

—Se equivoca, hermano. Soy médico.

—¿Médico?

—Soy el doctor Pontiac.

Aquel nombre se lo había oído pronunciar varias veces a Evelyn,

de modo que ya no pudo dudar. Volvió la espalda, sin dejar de notar la amenaza de la pistola, y regresó al salón donde estaba Susan.

Ésta gimió de horror cuando le vio aparecer con un desconocido armado. Se llevó las manos a la boca.

Pontiac barbotó:

—Menos mandanga, zorra. He hecho la autopsia a docenas de puercas como tú que se habían matado al volante de sus coches cuando estaban borrachas. O que se habían tomado un capazo de barbitúricos porque su chulo las había dejado plantadas. Tu chulo es el marido de Evelyn, ya lo veo. Pero vas a estarte quietecita, ¿sabes? Tan quietecita como una colegiala que espera su diploma. Pero con la diferencia de que, si haces algo que no me guste, te voy a clavar una bala entre esos pechos tan bonitos que tienes.

Se notaba que no bromeaba. Pontiac debía haber bebido un poco antes de hacer aquello, a fin de darse valor. Su aliento olía a alcohol. En esas condiciones se le podía ir el dedo y hacer detonar el 7,65 Smith & Wesson que llevaba en la derecha.

Empujó a John.

—Tú junto a tu zorra —dijo.

John se sentó al lado de Susan. No tenía miedo, sino que estaba lívido de rabia. Con voz que era apenas un soplo dijo:

—Puedo saber qué diablos quieres, imagino.

—En primer lugar decirte que eres un solemne idiota.

—Para eso no hace falta empuñar una pistola —masculló fríamente John—. Además, supongo que me dirás el porqué de ese importante descubrimiento. De modo que soy un idiota…

—Todo a su tiempo —gruñó Pontiac—. Esta tarde vamos a hablar claro todos, y por lo tanto empezaré hablando claro yo. Voy a decirte una cosa: tu mujer me gusta terriblemente. Estoy loco por ella.

—Curiosa declaración —dijo John con una mueca de asco—. Hasta me conmueve un poquito. ¿Qué quieres? ¿Que te conceda su mano?

—Este país es una ciénaga —dijo Pontiac abruptamente—, pero yo no he llegado a tanto. Como te decía, estoy loco por tu mujer. Anoche le dije un par de impertinencias, cuando acababa las autopsias.

—Bonita noticia —dijo John—. Ya puedes imaginar que eso a un marido le alegra una barbaridad.

—Luego la seguí hasta la casa.

John tuvo un estremecimiento. Todo el valor que había ido recuperando en parte, se hundió. La presencia de aquel testigo con el que no había contado, le destrozó por completo.

—La seguí hasta la casa —dijo Pontiac— y espié por encima de la verja. No sé lo que me proponía, pero cuando un hombre está enamorado de verdad no se propone nada. Le basta con respirar el mismo aire que respira la mujer deseada.

—Muy… muy poético —dijo sordamente Susan.

—Tú cállate, puerca. Como te decía, espié, pero la lástima es que la noche estaba espesa. No se veía apenas nada.

—¿No…?

—Sólo distinguí que al cabo de un rato la arrastrabas a la piscina.

John sintió una terrible bola en la garganta.

Estaba tan aterrorizado que apenas pudo balbucir:

—Te equivocas…

—Je, je… ¿Me equivoco? Vamos, ponte en pie.

—¿Pa… para qué?

—Vamos a hacer juntos el mismo camino que hiciste tú. Eso te demostrará si me equivoco. Hala, idiota. Andando.

—¿Por qué me llamas idiota?

—Tengo mis motivos y luego te los diré. Ahora arreando. Haremos exactamente el mismo camino que hiciste tú. Eso te demostrará si tuve o no tuve los ojos bien abiertos.

John se sintió absolutamente vencido. Miró a Susan y leyó también el terror en sus ojos. Estaban acorralados. Les esperaba por lo menos la cadena perpetua.

Maquinalmente se pusieron en pie.

De momento no les quedaba más remedio que obedecer.

No tenían fuerzas ni para decir una palabra.

Como autómatas avanzaron por el jardín. Pontiac les hizo seguir exactamente el mismo camino que él había seguido con Evelyn; lo cual indicaba que les había visto bien. Luego se detuvieron al borde de la piscina.

Era terrible.

Aquel tipo lo sabía todo.

Con voz que era apenas un soplo, John balbució:

—¿Qué… qué tratas de hacer?

—Calma, pequeño idiota. Vas a llevarte una sorpresa que no imaginas. Como te decía, la trajiste aquí. Yo pensé intervenir, pero en el primer momento pensé que ya estaba muerta, y sentí tanto horror que eso me inmovilizó. Aquello era tan espantoso que llegué a perder la noción del tiempo.

—Si… sigue. ¿Qué más viste?

—En realidad nada.

John volvió a tranquilizarse. Quizá aquel tipejo no sabía tantas cosas como aparentaba. Por supuesto, no le había visto forzar a Evelyn antes de matarla, miserable detalle que no había contado ni a Susan. A ella menos que a nadie.

Pero su optimismo volvió a disolverse. Pontiac continuó:

—Luego te vi largarte hacia la casa, pero ya ibas solo. La cosa estaba clara. A ella la habías metido en la piscina.

John tragó saliva.

Naturalmente que la cosa estaba clara.

Por eso no se atrevía ni a respirar.

—Ya no podía hacer nada por salvar a Evelyn —continuó Pontiac— y si te dijera el odio que sentí y las cosas que pasaron por mi cerebro, necesitaría estar un día entero hablando. Pensé avisar a la policía, pero quería antes asegurarme bien. Quería ver el cadáver yo mismo para no dejarte la menor posibilidad de disculpa. Fui a un bar, me bebí unas copas para animarme y volví. No sé cuánto rato había pasado, pero empezaba a hacer una noche de perros. El viento silbaba como un huracán. Por las calles no circulaba nadie. Londres era una tumba.

—No hace falta que me des el parte meteorológico —barbotó John—. Sigue, hijo de perra.

—Ya me volverás a llamar hijo de perra cuando te explique el final, pequeño idiota. Como te decía, regresé, pero esta vez no me quedé en la tapia. Salté y vine hacia la piscina. ¿Ves esta linterna?

Con la mano izquierda le mostraba una linterna de gran potencia, mientras el 7,65 les seguía amenazando desde la derecha.

—Claro que… la vemos.

—Sabiendo que los árboles rodean la piscina y que no me verías

desde la casa —prosiguió el médico— me acerqué al borde y enfoqué con la linterna el agua. Entonces las hojas caían con fuerza, pero no habían tapado aún nada importante. El haz de luz llegó hasta el fondo. La piscina era de aguas tan limpias que aquello parecía un espejo.

—¿No… no había sangre? —preguntó John.

—No. Y tenía que haberla, ¿verdad? ¿No es eso lo que estás pensando?

John, aterrorizado, prefirió callar.

Con voz opaca. Pontiac siguió hablando:

—Recorrí con el haz de luz hasta el último rincón de la piscina y no vi nada. Aquello estaba vacío. Era inexplicable lo que estaba pasando, pues no me cabía duda de que tú habías arrojado a Evelyn al agua.

John también pensaba que era inexplicable.

Y volvía a sentir en la columna vertebral el aleteo atroz del miedo.

Ni sangre, ni el cuerpo de Evelyn… Por supuesto, Pontiac no mentía. Entonces, ¿qué infiernos había pasado?

—No soy tonto —dijo el médico sin dejar de encañonarles—, y por eso empecé a imaginar cosas. Lo primero que se me ocurrió fue por esos peces. Cualquiera diría que son asquerosas pirañas.

—Y son asquerosas pirañas —dijo Susan, rompiendo ella el silencio por primera vez.

John la miró acusadoramente.

Había reconocido algo que jamás debió reconocer.

—¿Qué más da? —bisbiseó ella—. Puede averiguarlo en cualquier momento, de todos modos.

Y miró a otro sitio. Las aletas de su nariz vibraban. Cualquiera hubiese podido darse cuenta de que también estaba dominada por el horror.

Pero la sorpresa que se llevaron en aquel instante fue mayúscula. Pontiac dijo lo más inesperado del mundo al soltar sencillamente aquella palabra:

—Narices.

John barbotó:

—Narices, ¿qué?

—No son pirañas.

—¿Pero de qué estás hablando?

—Oye, pequeño idiota, yo sé muy bien lo que habías pretendido. Las pirañas se zamparían a la pobre Evelyn y luego tú no tendrías más que deshacerte de su esqueleto, lo cual es mucho más fácil que deshacerse del cuerpo entero. Incluso podrías pasar los huesos por un molino.

—Ni… ni que lo hubieras adivinado.

—Es que no soy tan idiota como tú. Pero sigamos. Me quedé tan asombrado que celebré no haber llamado a la policía. Hubiese hecho el ridículo. Yo creo que permanecí inmóvil en la oscuridad hasta que el viento me sacó de allí. Era inaguantable.

—¿Qué hiciste luego?

—Quedarme en un portal y perder la noche. Desde allí espié la puerta. Vi entrar a los jardineros y las asistentas. Todo era normal. No encontraron nada raro porque el cadáver de Evelyn no estaba.

—¿Y… y qué más?

—Cuando ellos se largaban, dejaron la puerta abierta un rato al maniobrar con la furgoneta y yo aproveché la ocasión para entrar en la casa sin tener que saltar la tapia, cosa que no hubiera podido hacer en pleno día. Esperé porque estaba seguro de que ocurriría algo. Y ocurrió. A las cuatro vi venir a esa puerca.

Susan se mordió el labio inferior rabiosamente.

Pero estaba tan nerviosa que el insulto se le olvidó un segundo más tarde.

—No pude oír vuestra conversación —siguió Pontiac—, pero es igual porque ya había atado mis cabos. Veamos: ¿no fue ella la que te sugirió el plan para acabar con Evelyn?

—Supongamos que… que si —dijo John—. Pero no admito nada. He dicho *supongamos* solamente.

—¿Fue ella la que te proporcionó los peces?

—Sí.

—¿Te dijo que eran pirañas?

—¡Pues claro…!

—Je, je… ¡Qué lástima me das, pequeño idiota!

—Lástima, ¿por qué?

—¿Aún no has pensado que las dos mujeres están de acuerdo?

John sintió un mazazo en el cráneo.

De acuerdo… de acuerdo las dos.

Era como si el mundo entero girase al revés.

Como si la niebla le ahogase.

Como si lo más absurdo, lo más increíble le estuviera sucediendo.

Y sin embargo, era espantosamente lógico.

Pontiac machacó las palabras una a una:

—Óyeme, pequeño idiota… Óyeme, asesino de pacotilla… Imagina que tu mujer está harta de ti. Imagina que quiere deshacerse de tu maldita presencia.

—Su… supongámoslo —dijo sin voz.

—Encuentra a una zorra como Susan y le paga bien. Ella te conquistará. Cobrará un dineral por llevarte al lecho de los placeres. En ese momento aparece Evelyn y… ¡zas!… Os atrapa a los dos y divorcio al canto. A ti te echan como a un perro. Susan queda como una cortesana de precio, al fin y al cabo lo que es, pero eso no está penado. Percibe su fajo de billetes, se larga del país y en paz. Evelyn es libre.

John le miraba con ojos trastornados.

Pontiac siguió implacable, mientras le apuntaba con la pistola:

—Ése era su primer plan, pero a una de las dos, quizá a la misma Evelyn, que es muy inteligente, se le ocurre un plan mucho más fantástico. No basta con divorciarse. Hay que librarse de ti para siempre. Y entonces idean lo del *crimen*.

—¿Lo del *crimen*…?

—Claro —dijo Pontiac secamente—. Susan te mete en la cabeza la idea de que tienes que matar a tu mujer. Te habla de la piscina. Te facilita unos peces que son inofensivos, diciendo que se trata de pirañas. Tú das un somnífero a Evelyn, la metes en el agua, la ves hundirse y te largas. Piensas que las pirañas la habrán devorado en unos segundos, pero lo que en realidad le han hecho ha sido simples cosquillas en las plantas de los pies. Luego te vuelves loco buscando el cadáver, un cadáver que no está en ninguna parte, como es lógico. Y Evelyn presenta en la policía una denuncia por intento de asesinato, lo que significará el divorcio y la cárcel para ti. Tu mujercita se habrá librado de una manera total de tu asquerosa presencia.

John seguía sin poder hablar. Balbució roncamente:

—Es absurdo. La policía tenía que haberse presentado ya…

—No te extrañe tanto. Deben esperar que te cuezas en tu propia salsa.

—Nadie creería una denuncia así, sin pruebas…

—¿Sin pruebas? ¿Y la declaración de Evelyn? ¿Y los peces en el agua? ¿Y el testimonio de la propia Susan?

—¡Susan no puede hablar! ¡Se comprometería a sí misma!

—¡Qué idiota eres! —dijo Pontiac, mirándole con desprecio—. Sólo tiene que decir que el plan fue tuyo y que la amenazaste para que te ayudara. Y que, deseando salvar a Evelyn y hacerte caer en la trampa que merecías por asesino, te facilitó unos peces inofensivos en lugar de pirañas. Seguro que la absuelven. Y con lo que le dé Evelyn se puede largar al Brasil a vivir como una reina el resto de sus días.

John estaba sencillamente aterrado. Quizá en otro momento aquellas palabras le hubieran parecido fantásticas, pero ahora le parecían espantosamente lógicas. Era la única explicación de todo. Sólo con un diabólico plan así si justificaba la ausencia del cadáver.

Miró a Susan, pero ella también parecía aterrada y no decía una palabra. Clavó entonces de nuevo sus ojos en Pontiac.

—Y tú —masculló— ¿por qué te tienes que meter en esto?

—Porque has hecho desgraciada a Evelyn y quiero ayudarla. También serviré como testigo. Diré que te vi arrastrar hasta la piscina el cuerpo de tu mujer.

—No te creo… —barbotó John, rojo de ira—. Estos peces no son inofensivos. Evelyn fue devorada de verdad. ¡Susan no puede haberme engañado de ese modo…!

Pontiac rió sordamente.

Se inclinó un poco sobre la piscina, sin dejar de apuntarles. Hundió la mano izquierda en el agua.

—De modo que pirañas, ¿eh? —masculló—. ¡Idiota! ¿Aún no te has convencido? ¡Mira! ¡Mira lo que hacen!

Seguía con la mano izquierda hundida en el agua. Y de pronto lanzó un alarido.

Sus ojos se dilataron de horror.

El color de su cara pasó del blanco al rojo y al gris en cuestión de segundos.

De pronto todo su cuerpo se estremeció…

… ¡Porque allí estaba la muerte!

CAPÍTULO X

Lo que John vio a continuación no lo olvidaría nunca y constituyó para él una pesadilla tan espantosa que marcó su cerebro de un modo total.

Era como un sueño en rojo. Como una visión del infierno a través de una ventanilla abierta en la eternidad.

Los peces se habían acercado a la mano de Pontiac, confiadamente hundida en el agua. Y de pronto el agua se tiñó de rojo. Todo coincidió con el grito de horror del hombre.

A John le habían hablado de las pirañas, pero jamás creyó que la cosa fuera así. En cuestión de segundos la mano izquierda de Pontiac desapareció. Él la sacó del agua, mientras aullaba de dolor, y se la miró. Entonces se produjo la visión más espantosa que John hubiera podido imaginar en la más terrible de sus pesadillas.

Un hombre vivo… ¡estaba mirando su propio esqueleto!

¡Miraba con ojos desencajados una mano de la que ya sólo quedaban los huesos!

A John le fallaron las fuerzas, pero no así a Susan. Ella se movió mientras Pontiac aún aullaba de dolor, mirándose con ojos desencajados la mano descamada.

Le dio un terrible puntapié.

El aullido hizo temblar las hojas que aún flotaban en el aire. Todo el cuerpo de Pontiac se hundió. Las pirañas dejaron de moverse en el círculo de sangre para lanzarse ansiosas hacia su nueva presa.

Desesperadamente, el médico intentó bracear hacia la orilla, pero las pirañas se lo impidieron. Aquel gorgoteo de horror llenó el aire. Las pirañas… ¡estaban atacando su cara! ¡Buscaban repulsivamente su boca!

John no pudo resistir aquello. Se inclinó fuera de la piscina y empezó a vomitar. En cambio, Susan contempló como fascinada

aquel sacrificio sangriento, aquella muerte inenarrable, hasta que toda la piscina quedó convertida en un lago rojo.

Luego miró a John.

Éste había caído de rodillas y respiraba ansiosamente mientras intentaba limpiarse la boca.

—Eres un maldito hijo de perra —dijo ella secamente.

—¿Po… por qué?

—Por un momento has pensado que yo te había engañado. Has dado crédito a lo que él te decía.

—¿Cómo puedes… imaginar eso?

—Naturalmente que lo has creído… Y debías haberte dado cuenta de que si yo estoy metida en este sucio asunto es sólo por ti, condenado idiota. ¡Y encima imaginas que he podido ponerme de acuerdo con esa… con esa guarra de Evelyn! ¡Tentada estoy de hacer lo único que me conviene! ¡De dejarte solo de una vez para que te las compongas a tu manera…!

—No… Por favor.

John estaba completamente aterrorizado. Le fue muy difícil ponerse en pie.

Cuando al fin lo consiguió, estuvo a punto de desplomarse otra vez al ver la piscina convertida en un océano rojo.

—¿Eran pirañas o no? —masculló Susan—. ¿Hicieron desaparecer o no el cadáver de tu mujer?

—Pues… pues claro…

—¡Entonces no vuelvas a pensar sandeces!

—Hay… hay una sandez que no tengo más remedio que pensar, Susan.

—¿Cuál?

—Si las pirañas destruyeron el cuerpo de Evelyn, ¿dónde está el esqueleto?

Ya estaba dicho lo que nunca debió decir. Ya estaban los dos hundidos en la sombra de aquel horror, de aquella duda. Susan volvió a palidecer mortalmente.

—Eso es lo que… lo que no tiene explicación —dijo.

John se tapó un momento los ojos con los dedos. Al retirarlos, aquellos ojos estaban espantosamente blancos.

—¿Qué… qué vamos a hacer ahora? —musitó.

—No lo sé. Por lo pronto tenemos el esqueleto de Pontiac,

hundido en un agua sanguinolenta que no podemos renovar. Como único factor favorable está éste: nadie sabía que Pontiac venía aquí y nadie nos relaciona con su muerte. Incluso pueden pensar que se ha largado con Evelyn, lo cual daría un aspecto muy verosímil a tu historia. Pero como factor desfavorable está la escasez de tiempo. Mañana volverán los jardineros otra vez.

Los dientes de John rechinaron.

—Podría decirles que no les necesito —balbució.

—Absurdo. Ellos saben cómo está todo esto. Sospecharán.

John sentía otra vez en sus huesos el frío de la muerte. No sabía qué hacer. Si en aquel momento hubiese tenido un pasaje aéreo para largarse a Sudáfrica, lo hubiera usado sin pensarlo.

Fue Susan otra vez la que tuvo que pensar por él.

—John —dijo—, la situación puede parecerte terrible, pero hay que tomar una decisión.

—¿Cuál?

—Es indispensable vaciar esa piscina. Puesto que los motores no funcionan, habrá que hacerlo a mano.

—No… no terminaremos nunca.

—Tienes que terminar, John.

Él se pasó una mano por la frente. Con las facciones desencajadas susurró al fin:

—De acuerdo. La hierba del jardín absorberá perfectamente todo el líquido que le echemos. Sólo necesito una cuerda larga, un cubo… y horas.

—Las horas las tienes, John.

—¿Qué hago con los peces?

—Al sacarlos, los lanzas sobre la hierba. Deja que mueran allí. Yo los recogeré más tarde y los quemaré en la caldera de la calefacción. Por ese lado no hay peligro.

—Está bien, Susan.

John se puso manos a la obra. Mientras sacaba incansablemente de la piscina cubos de agua sanguinolenta y los derramaba sobre el césped, llegó a olvidarse incluso de lo increíble que era la desaparición del cuerpo de Evelyn. Bañado en sudor, durante horas y horas, estuvo absorbido por aquella macabra tarea.

Naturalmente, se había hecho de noche y la niebla se espesaba cada vez más. Hubo que encender las luces del jardín y también las

que iluminaban directamente la piscina. Por fortuna para los dos, ni les veía nadie ni llegó ninguna visita aquel anochecer.

Con casi cada cubo de agua que sacaba, John sacaba también una piraña. Los repulsivos peces se removían en el recipiente y luego saltaban fieramente sobro la hierba. Más de una vez John tuvo que saltar también para impedir que uno de aquellos asquerosos bichos se le enganchara a la pierna.

Por fin no quedó en la piscina más que un poco de agua. Pero quedaba lo más macabro de todo, el esqueleto de Pontiac, que parecía mirarles desde las descarnadas bóvedas de sus ojos.

Bajo la luz rosada que flotaba en la piscina, aquel esqueleto producía una sensación mil veces más macabra y espantosa que si lo hubieran visto en un ataúd.

Susan, mientras tanto, había ido recogiendo los peces muertos y los había ido depositando en la caldera de la calefacción, que tiraba al máximo. Bien miradas las cosas, se estaban saliendo con bien de aquel asunto, puesto que de las pirañas no quedaría rastro, el agua sucia iba siendo absorbida por el césped y el líquido que quedaba en la piscina se evacuaría pronto en cuanto John bajase y sacara a mano las hojas que tapaban el desagüe.

Susan musitó:

—Ahora hay que sacar el esqueleto.

—¿Pretendes que yo…? —balbució John.

—¿No ibas a sacar el de Evelyn?

—Pues claro…

—Entonces lo mismo te importa sacar éste.

La cuestión era de una lógica irrebatible, o sea que John obedeció. Mientras tiraba del esqueleto sintió como si sus manos quemaran, pero al fin logró sacarlo. Al dejarlo en el borde de la piscina, le temblaban las rodillas.

Susan dijo decididamente:

—Lo haremos desaparecer.

—¿Cómo?

—Con el torno y la piedra del molino, igual que habíamos pensado hacer con el de Evelyn. Usaremos los guantes y las máscaras para que no nos salten partículas de hueso a la cara. Supongo que eso no podríamos resistirlo.

—Desde luego que no.

—Entonces, manos a la obra. Hasta ahora nos ha salido bien lo que parecía imposible. Es cuestión de aguantar un poco más, John. Nos turnaremos en el trabajo.

Él arrastró el esqueleto hasta el interior de la casa y lo situó en el aparato que había ideado para aquella macabra tarea. Era una plataforma parecida a aquéllas en que se colocaban a los condenados a muerte en la guillotina. Sobre ella se situaba el esqueleto. Al término de esa plataforma, que estaba inclinada hacia abajo, se encontraba una enorme rueda de lijar, que rodaba velozmente gracias a un motor eléctrico. Todo hueso que tocaba aquello se convertía en fino polvo. Y el fino polvo se deslizaba por la plataforma descendente hacia unos sacos de plástico situados debajo, de modo que el proceso era casi todo automático.

—Ya está —dijo John—. Ahora hay que ponerse a trabajar.

—Yo necesitaría beber antes algo caliente. ¿Y tú?

—Creo que yo también, Susan.

Fueron los dos hacia el salón donde habían estado poco antes. Al entrar no habían pasado por allí. Y de repente, se detuvieron en el umbral, sin atreverse a dar un paso más.

La lividez más espantosa cubría sus rostros. Las manos les temblaban.

Porque sobre una de las mesas estaban las dos prendas deportivas que faltaban en el guardarropía de Evelyn. Y porque sobre uno de los ceniceros flotaba el humo de un cigarrillo a medio consumir.

John sintió que se le contraía la garganta. Aquel cigarrillo era un Murati.

Era la marca que fumaba exclusivamente Evelyn.

CAPÍTULO XI

Durante unos minutos que se les hicieron interminables, no se oyó en la casa más que el compás de sus respiraciones. Hasta los relojes parecían haberse detenido. John se apoyó en la jamba y estuvo a punto de resbalar. Susan fue entonces hasta el cenicero y apagó el cigarrillo violentamente.

—Calma, John —dijo fríamente—. Esto ha de tener alguna explicación.

—La ropa de Evelyn está…

—Sí, ya lo veo. No hace falta que me lo digas.

John balbució:

—¿No has entrado casualmente mientras llevabas los peces a la caldera? ¿No has pasado por aquí?

—Para ir a la caldera no se pasa por el salón. Claro que no he pasado por aquí.

—¿Y no has oído nada?

—Claro que no he oído nada. De lo contrario te hubiera avisado.

John estaba lívido.

Barbotó.

—Vámonos de aquí, Susan. Renunciemos a nuestro plan. Vámonos de aquí cuanto antes.

Ella vaciló.

Por un momento pareció también a punto de estar derrotada.

Sus hermosos ojos temblaron mientras por ellos pasaba una nube de terror. Pero no pudo contestar nada. En aquel momento volvió a sonar el teléfono.

* * *

Con mano trémula, igual que si fuese a firmar su propia

sentencia de muerte, John descolgó el aparato. Pensaba que por allí tenía que llegar alguna amenaza, y, en efecto, así fue. La voz áspera de Pat, el hermano de Evelyn, se oyó al cabo de unos segundos.

—Eh, John, maldito seas. Me he hartado de llamarte y nadie descolgaba el teléfono. ¿Dónde estabas?

—En el jardín.

—¿En el jardín, con esa noche de niebla?

—La niebla no me disgusta, Pat. Cada uno tiene sus manías.

—Óyeme bien. Me he dado un atracón de buscar por pensiones y hoteles de poca categoría.

—¿Y…?

—Nada de nada. Estoy intranquilo, John.

—Yo también, pero no hay que angustiarse. Imagino que Evelyn se habrá marchado de Londres.

—¿Se ha llevado su coche?

—No.

—Bueno… De todos modos, ha podido tomar un taxi o usar el tren. No es eso lo que me preocupa, John.

—¿Pues qué…?

—Me preocupa el recuerdo de nuestro padre. Él murió loco, ya sabes. Y uno de sus últimas obsesiones consistía en matar a los miembros de su familia.

John se estremeció.

No sabía por qué, pero aquella atmósfera de horror le ahogaba cada vez más.

—No veo que eso tenga que ver con Evelyn —susurró.

—Claro que tiene que ver. Papá también desapareció hasta que le encontraron convertido en un hombre sin salvación posible. Me extraña lo de Evelyn y me da mala espina, pero creo que ya he dado con el sitio donde ella pueda estar oculta.

—¿Cuál es el sitio?

—El depósito de cadáveres…

John se estremeció hasta los huesos.

Balbució:

—¿El depósito de cadáveres?

—¿Qué tiene de extraño? Ella trabaja allí, ¿no? Y lo conoce palmo a palmo, de forma que si quiere ocultarse durante unas horas no hay lugar mejor. Voy a darme una vuelta por aquel *cabaret* de

los muertos, a ver qué *show* ofrecen esta noche.

A John no le gustó en absoluto aquella frase, y mucho menos le gusto la situación que se planteaba. Pero consiguió que su voz sonase natural al decir:

—No te dejaran entrar.

—¿Cómo que no? Los porteros de noche me conocen porque he ido algunas veces allí a hablar con Evelyn. Y si alguno de ellos se pone tonto, tengo pasta larga. Un puñado de libras y verás cómo hasta los muertos se quitan la peluca para saludarme.

Antes de colgar, añadió:

—Seguro que está allí. Cuando la encuentre, ya te diré algo.

Y se oyó un chask.

John colgó también.

Estaba espantosamente amarillo.

Susan lo había oído todo por el supletorio, de modo que estaba enterada. Balbució con voz opaca:

—Tienes que ir, John.

—¿Yo…?

—Tienes que demostrar interés. Puede parecer sospechosa tu actitud si te quedas aquí esperando.

—Eso es verdad.

—Y por otra parte… En fin, ya no quiero pensar nada, pero ella podría estar allí.

John fue a sujetar la botella de coñac. No pudo. Resbaló de entre sus dedos y se partió contra el suelo en cien pedazos.

—Más vale que no hablemos de eso, Susan —dijo.

—De acuerdo, pero ve a la Morgue. Pat no debe dar un paso sin que tú lo sepas.

—Por descontado, pero… está el esqueleto.

—Haré el trabajo yo sola.

—¿Tú…?

Los ojos de Susan se entenebrecieron. En ellos brillaba una lucecita de fiebre.

—Alguien tiene que hacerlo, John —dijo firmemente—. Trabajaré hasta que vuelvas. Tenemos toda la noche.

—Eres conmovedora, Susan.

—Simplemente soy una mujer que te quiere. Una mujer que trata de ayudarte.

Sin saber cómo, John la abrazó. La besó ansiosamente. Envuelto en aquel clima de horror, sólo en los labios de Susan encontraba un consuelo y una ayuda.

Luego se dirigió a la Morgue. Fue hacia el reino de los muertos, aquel reino desconocido donde quizá le esperaban en silencio los ojos de Evelyn.

CAPÍTULO XII

Pat no se dio demasiada prisa en llegar al depósito de cadáveres. Pilotando su magnífico Mercedes 230 de importación, fue primero a una agencia de detectives de confianza, esperando encontrar aún al jefe. Como éste ya no estaba allí, el millonario dictó unas instrucciones a la secretaria de noche, pidiendo que se encargaran de buscar discretamente a Evelyn a partir de las ocho de la mañana siguiente, si él no la hallaba antes, en cuyo caso daría contraorden.

Luego fue a la Morgue.

Como había supuesto, el portero le dejó pasar, puesto que le conocía bien. Además, Pat le *ayudó* con un par de billetes. Y el millonario se introdujo en aquel reino de la fatalidad, en aquel mundo de los abismos, mientras encendía un cigarrillo para librarse de aquel conjunto de olores indefinibles que flotaban en el depósito en Londres, como flotan en todos los depósitos de cadáveres del mundo.

A la hora de la noche en que se encontraban, Pat vio que todo estaba vacío, vio que todo estaba hundido en la más espantosa soledad.

Nadie trabajaba sobre los cadáveres.

Éstos descansaban para siempre tendidos en las frías mesas de mármol. ¿Para siempre? No, Pat sabía que ese pensamiento no era cierto. Poco después de amanecer, hombres silenciosos les abrirían el cerebro con sus escalpelos. Mujeres como su hermana bucearían en sus entrañas. Todo aquello sería una especie de hormigueo donde el horror y la náusea se transformarían en ciencia.

Pero mientras tanto, el silencio imperaba allí. Una luz violenta, casi maciza, flotaba sobre aquellos cuerpos quietos, de los que sólo eran visibles los pies.

Pat empezaba a sentirse intranquilo.

Lamentaba haber ido allí.

No esperaba encontrar aquel ambiente. Había pensado que por lo menos habría allí unos cuantos médicos o unos cuantos vigilantes. Pero no se veía ser vivo. En cambio, las formas muertas parecían moverse, respirar, vibrar…

Pat se llevó una mano a los ojos.

«Empiezo a estar nervioso —pensó—. Lo que he de hacer es largarme de aquí. Ya encontraré a Evelyn mañana».

Buscó la salida, pero se había metido tan en el interior de la Morgue, que no supo encontrarla. Al abrir una puerta vio la inmensa nevera llena de cajones donde se conservaban los muertos.

Lanzó una especie de respingo.

Sin darse cuenta, pisó un botón rojo situado en el centro.

Y entonces tuvo que apartarse lanzando un grito, porque el cajón casi lo arrolló. Uno de los recipientes surgía de la nevera. Desde el interior de su helado cajón, una vieja desdentada parecía mirarle con sus desencajados ojos.

Lleno de horror y de asco, Pat pisó varias veces el botón rojo. Pero el cajón no se cerraba. Nada se movía allí. Enloquecido por el miedo, dio media vuelta y salió por la puerta. No la había cerrado aún, cuando oyó un siseo a su espalda.

Se volvió ahogando un respingo.

El cajón se cerraba poco a poco.

Como si alguien lo hubiese tocado, penetraba siseando en las entrañas de la nevera.

Pat se palpó la cara.

Hacía frío en la Morgue, y sin embargo, circulaban por su piel unas gruesas gotas de sudor.

Balbució:

—Dios santo…

Caminando todo lo ágilmente que pudo sobre sus pequeños pies, el millonario regresó a la gran sala donde yacían los cadáveres. No los miró. No se fijó por eso en que dos de los pies que sobresalían por el borde de la sábana… ¡temblaban un momento!

Eran unos pies finos y delicados. Unos pies de mujer.

Pat miraba como obsesionado la puerta que tenía enfrente, sin fijarse en nada más. Por eso no se dio cuenta de que aquel cuerpo yacente… ¡se alzaba!

La sábana resbaló hacia abajo.

Unos ojos profundos y quietos se clavaron en él. Pat iba ya a llegar a la puerta.

No sabía dónde estaba, pero por allí llegaría a algún sitio más cerca de la salida. Fue a abrir.

Y entonces… ¡las luces se apagaron de pronto! ¡La gran sala quedó en tinieblas!

¡Sólo las lucecitas rojas de emergencia desvelaban un poco aquel océano negro…!

Pat se volvió.

No tenía fuerzas ni para chillar.

Su propio sudor le ahogaba.

Poco a poco llevó las manos a la garganta, mientras sus ojos se dilataban de horror.

Y entonces la vio.

Avanzaba poco a poco.

Desnuda.

Desnuda como la muerte, fría como la muerte, cruel como la muerte.

Un largo bisturí de los empleados en las autopsias brillaba en su derecha.

Pat no tuvo fuerzas ni para moverse. No supo ni defender su vida. Todo aquello era tan increíble que le paralizaba.

Lo único que logró decir fue:

—Por favor…

El estilete se alzó de pronto.

Brilló siniestramente a la luz roja.

Bajó.

Se alzó de nuevo.

Las luces rojas iluminaron en el suelo aquel charco rojo.

Una vez degollado Pat, la silueta femenina volvió a su sitio, pero no permaneció allí más que unos instantes. Recogió algo. Luego se deslizó suavemente hacia el exterior de la sala.

Las luces volvieron a encenderse.

El silencio volvió a imperar.

La sangre resbaló poco a poco por aquellas baldosas que desde el primer día sólo habían servido para ser pisadas por la muerte.

CAPÍTULO XIII

Fue el propio John quien descubrió el cadáver cuando llegó a la Morgue minutos después. Ya que le conocían sobradamente y era de una confianza total, tampoco le pusieron ninguna dificultad para que entrara. Pero él preguntó si había llegado ya su cuñado Pat.

—Sí, señor. Hará unos diez minutos.

—¿Usted ha visto a la doctora Evelyn Barton?

—No, pero supongo que el señor Pat Barton la habrá encontrado ya. Ella se queda muchas veces toda la noche. Bueno, usted ya sabe.

—Gracias.

Como John conocía aquel ambiente mucho mejor que Pat, no se metió directamente en las salas donde yacían los muertos, sino que fue hacia la especie de *cuerpo de guardia* que había allí. En una sala pequeña y confortable, un guardián y un practicante mataban las horas bebiendo y jugando a las damas. Sus servicios sólo eran necesarios si había que realizar alguna identificación de urgencia.

El practicante sonrió.

—Hola, señor.

—Buenas noches. ¿Trabaja hoy aquí mi mujer?

—No, que yo sepa.

—¿Ha venido alguien a preguntar por ella?

—No…

—¡Qué extraño!

—¿Por qué, señor?

—El hermano de la doctora Barton ha venido a buscarla.

—Quizá ha entrado directamente —dijo el guardián—. En todo caso, lo sabremos pronto. ¿Le acompaño?

—Si, por favor.

Los dos hombres fueron a la sala general. No tardaron ni dos minutos en descubrir el cadáver degollado de Pat.

En enfrentarse a aquel horror del otro mundo.

No tardaron ni dos minutos en ver cara a cara a la muerte.

CAPÍTULO XIV

Cuando John pudo regresar a su casa, estaba amaneciendo. Una luz lívida y sucia se extendía por los tejados de Londres. Los últimos periodistas salían de sus redacciones y los primeros empleados iban a sus sórdidos despachos. Fleet Street servía su última copa y cerraba sus últimos garitos. Las postreras damas de la noche que no habían hecho negocio se perdían en la niebla.

También Susan parada haberse perdido en la niebla. También ella estaba pálida y ojerosa. Envuelta en la luz irreal de la muerte, miraba a John con ojos desencajados. John se dio cuenta de que la muela había convertido ya en polvo casi medio cadáver.

Ella balbució:

—Estaba aterrada. ¿Cómo has tardado tanto?

—Me ha retenido la policía.

—¿La policía?

—Sí. Tenía que declarar porque he sido yo quien ha descubierto el cadáver de Pat.

—¿El cadáver de Pat?

Ella se había llevado las manos a la boca.

Durante largos instantes pareció incapaz de hablar.

Luego balbució:

—Eso es… increíble.

—Sin embargo, nada hay tan cierto, Susan. Te lo contaré todo.

Y narró detalle por detalle lo sucedido desde que puso los pies en la Morgue. Ella le escuchaba en silencio. Al fin balbució:

—Eso indica que…, que Evelyn está viva.

Él se estremeció hasta los huesos.

Había llegado a olvidarse incluso de que allí, a dos pasos, había un espectáculo macabro: el esqueleto medio destruido.

—No digas tonterías, Susan —murmuró al fin.

—Su padre estaba loco, ¿no?

—Así es.
—¿Y no quería matar a sus propios familiares?
—Eso también es cierto.
—Pues saca tú mismo las conclusiones, John.
Él se había llevado las manos a los ojos. Precisamente por lo aterrado que estaba había llegado a ese punto en que uno necesita defenderse como sea para no volverse loco. Así como el cuerpo tiene las fuerzas de la desesperación, la mente también las tiene. En un momento consiguió que se borrara de sus pensamientos la idea de que Evelyn seguía viva.
—Hay cosas aún más graves —dijo.
—¿Por ejemplo…?
—Al ir a la policía he tenido que denunciar la desaparición de Evelyn.
—Es lógico.
—Me han interrogado muy atentamente, y siempre dando la sensación de que no sospechan nada, pero me juego los diez dedos a que dentro de unas horas vienen aquí. Lo husmearán todo y hasta sacarán fotografías que luego harán examinar por sus expertos. Un solo detalle raro y estamos perdidos, Susan.
—¿Que detalle raro van a encontrar? La casa está perfectamente, ese esqueleto ya habrá desaparecido, la piscina está limpia.
—¿No habrá ningún pez muerto en la hierba? ¡Imagínate…!
—No hay ninguno. Lo he repasado bien.
—¿Las cenizas?
—Son pequeñas. No hacen bulto. A nadie le llamarán la atención.
—Tendremos que arrojar ese polvo maldito antes de que lleguen —murmuró febrilmente John, señalando los macabros sacos de plástico.
—Eso es sencillo.
—No lo creas. Me juego la piel a que en este momento ya han puesto a un polizonte vigilando la casa. Si salgo me seguirán. En realidad estamos perdidos.
—Nada de eso, John. Aún no… Pero lo que acabas de decir me ha hecho pensar una cosa.
—¿Cuál?
—Es cuestión de minutos. Seguro que pondrán a un policía,

como tú dices, pero quizá no haya llegado aún. Necesito salir antes de que llegue, porque si los de Scotland Yard me ven aquí estamos perdidos. Lo imaginarán todo.

John se derrumbó sobre una silla como si ya no le quedaran ni fuerzas para tenerse en pie. Balbució:

—Tienes razón, Susan.

—Voy a irme. Tú debes terminar con el esqueleto, limpiar bien la rueda, desmontarlo todo y luego arrojar el polvillo.

—Pero no podré hacerlo… Me verían salir…

—¿No hay una cisterna en el jardín?

—Sí, para que siempre exista una reserva de agua.

—Vacía los sacos allí. Seguro que hurgarán en el depósito por si hay algún cadáver dentro, pero no se les ocurrirá analizar el agua.

—Tienes razón, Susan. Piensas en todo.

Ella trató de sonreír. En sus ojos brilló una lucecita animosa.

—Pienso en todo porque te quiero, John —dijo—. Pero no podemos perder un minuto. Cuando venga la policía compórtate con naturalidad y no hagas nada, ¿entiendes? Absolutamente nada. Ya te llamaré a mediodía.

—¿Será prudente?

—Si me contesta una voz que no es la tuya, colgaré el teléfono.

Se levantó y fue hacia la puerta. John la vio marchar con una mueca de desolación. El quedarse allí sin aquella compañía era como meterse a trabajar. Dos horas más tarde, el esqueleto de Pontiac, su último recuerdo, había desaparecido.

CAPÍTULO XV

Jamás John había pasado una noche tan espantosa como aquélla, hasta el extremo de que había deseado que la policía llegara. En cada movimiento de las cortinas, en cada soplo del aire, creía notar la presencia de Evelyn.

Su situación era insoportable. Su propio sudor le ahogaba.

Pero nada sucedió. Cuando llegaron las asistentas y los jardineros, lo encontraron pálido y ojeroso como un muerto.

Mary bisbiseó:

—¿Qué le pasa, señor?

—¿Le parece poco? Evelyn no ha vuelto.

—Lo comprendo, señor. Tiene que ser horrible.

—No quiero ver gente, ¿comprende…? He hecho una denuncia por la desaparición y quizá venga la policía. En consecuencia, limítense a lo más indispensable y luego márchense. Necesito estar solo…

—Comprendo, señor. Lo más indispensable. Claro que sí…

Susan no había dejado ninguna huella especial, de modo que todo se desarrolló normalmente. Los jardineros tampoco notaron nada, excepto una cosa que les venía de perlas: el fastidioso trabajo de la piscina estaba hecho.

—¿Cómo se ha dedicado a eso, señor? ¿Qué le ha pasado? —murmuró uno de ellos.

—Ha sido por la desaparición de Evelyn.

—¿Y qué tiene que ver…?

—¿No lo entiende? —dijo John—. Podía haber caído casualmente a la piscina, estar debajo de las hojas y no verla. Se me ocurrió cuando ustedes se fueron.

—Claro, señor… ¡Es muy natural! Perdone…

—Hagan lo más indispensable y váyanse. Es posible que venga la policía por la desaparición de mi mujer. He hecho la denuncia.

Los otros lo entendieron muy bien y además los acontecimientos se precipitaron. La policía llegó apenas una hora más tarde.

Los agentes se comportaron con la suavidad típicamente inglesa.

No parecía que sospecharan de John, sino que, al contrario, hubieran venido a darle una medalla.

Pero el joven se dio cuenta de que, a través de las preguntas rutinarias, no dejaban un cabo suelto. Un par de hombres lo fotografiaban todo, pero eso era lo de menos. Los peligrosos eran los que fingían no fotografiar nada y empleaban cámaras secretas. John lo notó.

—¿Sabe que el doctor Pontiac ha desaparecido también? —preguntó el inspector Bentley, que era quien llevaba aquella investigación.

John fingió sorpresa.

—¿El doctor Pontiac? —susurró—. Si la memoria no me falla, era un compañero de trabajo de mi mujer. ¿Pero por qué suponen que ha desaparecido?

—Desde la residencia en que vivía nos han telefoneado. Lleva más de veinticuatro horas sin aparecer por allí. Tampoco le han visto en la Morgue.

A John le interesaba palidecer, y consiguió hacerlo. Su estampa fue la del perfecto marido desolado en cuya mente empieza a germinar una sospecha.

—¿Usted cree que…? —vaciló.

—Eso debe decirlo usted —musitó Bentley—. ¿Había notado algo raro? ¿Sabe si su esposa y él se veían fuera del trabajo?

—No consiento que insulte a mi esposa —dijo John, con perfecta actitud de hombre ofendido en su honor.

—No la insulto; me limito a establecer una posibilidad. ¿No le extraña que Pontiac haya desaparecido también?

—Dicho así, claro que me…, me extraña —dijo John—. Pero me niego a creer que Evelyn me haya abandonado por él.

La situación le estaba favoreciendo. Si la policía llegaba a tragarse que Pontiac y Evelyn se habían ido, desapareciendo los dos, no habría quien le declarara culpable a él y no habría tampoco quien le disputase la administración del dinero.

—Búsquenlos, por favor —dijo—. Si se han ido juntos, habrán dejado huellas. Un paso por el aeropuerto, por cualquier estación,

por un buque… Dos personas no desaparecen así como así, aunque se hayan ido en coche evitando todo control.

—El automóvil de su esposa está aquí —dijo Bentley—. En cuanto al de Pontiac, también ha sido visto en el garaje. Pudieron alquilar un vehículo, por supuesto, y en ese sentido vamos a orientar las investigaciones. ¿Me permite?

Hizo un par de llamadas por teléfono. Luego se despidió amablemente de John.

—¿Ha dispuesto algo en cuanto al sepelio del señor Pat Barton? —preguntó cuándo ya casi estaba en la puerta—. Dentro de poco acabarán la autopsia. ¿Piensan enterrarlo en el panteón familiar?

—¿Cómo sabe que tenemos un panteón familiar?

Bentley sonrió.

—La policía lo comprueba todo, amigo mío —dijo—. Ya hemos hurgado en él, por si Evelyn había sido asesinada y ocultada allí dentro.

John se estremeció.

Por fortuna, entre Susan y él lo habían ligado todo hasta el último cabo, de modo que no quedaba tras de ellos la menor posibilidad de sospecha. De no ser por la extraña, por la increíble desaparición del cadáver de Evelyn, la situación casi le habría parecido perfecta.

—Efectivamente, lo enterraremos en el panteón familiar —dijo —. Yo me ocupare de todos los detalles.

—Siento tener que darle estas molestias —dijo Bentley—, pero le ruego que me advierta de cualquier novedad que se produzca, incluso la más mínima. Si Evelyn se pusiera en contacto con usted, debe decírnoslo.

—Descuide, inspector.

Bentley y sus hombres se largaron. Se llevaban una buena colección de fotografías, pero John estaba seguro de que no descubrirían nado ni aunque las examinasen con lupa. Los jardineros y las asistentas se habían ido también, por lo que volvía a tener el ambiente silencioso, hostil, casi macabro que había tenido desde la desaparición de Evelyn.

John encendió un cigarrillo.

Aquel silencio, aquella quietud, se le metían por los ojos y le hacían ver sombras en todas partes. De pronto quiso reaccionar

para no dejarse llevar por sus pensamientos. Se puso otro cigarrillo entre los labios y marcó el número de Magda, que era ya en aquel momento, aparte de él, la única superviviente de la familia.

Encontró a Magda terriblemente afectada. A la muchacha no sólo le había afectado la muerte de su tío Pat, sino también la desaparición de Evelyn. Relacionaba una cosa con la otra. Durante la larga conversación que tuvieron, prorrumpió un par de veces en exclamaciones histéricas.

Al fin acordaron que Pat recibiría sepultura aquel anochecer y que John se ocuparía de todos los detalles, presidiendo el duelo familiar. En cuanto a la muchacha, iría al cementerio y luego se retiraría inmediatamente. Sólo serían avisados los amigos más íntimos para que asistiesen a la ceremonia.

Después de colgar, John se sentía más abatido que nunca. Todos aquellos macabros detalles le consternaban. Pero volvió a telefonear, ahora a una empresa de pompas fúnebres, encargando un entierro de gala para Pat Barton y pidiendo que le pasasen a él la factura cuanto antes, pues era el administrador de los bienes de la familia. Desde la agencia le aseguraron que sería atendido inmediatamente.

Y lo fue. Media hora más tarde se presentó en la casa un individuo irreprochablemente vestido de negro, que llevaba bajo el brazo un catálogo siniestro: la colección de ataúdes más completa *y al día* que jamás se había visto en Londres.

—Puede elegir, señor —susurró mientras abría el catálogo sobre una mesa—, pero la señora ya ha elegido éste.

John dio una lenta chupada a aquel segundo cigarrillo que ya se estaba extinguiendo entre sus labios.

—Siento que ella se haya molestado —dijo maquinalmente—. Me sabe mal que la sobrina del difunto se haya tomado esas molestias, cuando yo precisamente quería evitárselas.

El empresario de pompas fúnebres arqueó una ceja.

—¿La sobrina del difunto, señor…? —musitó.

—Pues, claro… ¿Qué otra persona podía haber elegido ya el ataúd?

—Me temo que aquí pueda haber una equivocación, señor.

John palideció.

El terrible pensamiento penetró en él como una espada.

No se dio cuenta de que el cigarrillo resbalaba de entre sus labios hasta la alfombra. Pero aún el pensamiento no se había definido en él. Aún se negaba a creerlo.

—¿Qué clase de equivocación? —musitó, casi sin voz.

—La persona que vino no era la señorita Magda Barton. Precisamente a ella tengo el honor de conocerla. No me puedo confundir.

—¿Pues quién era?

—En fin, señor… —el otro hizo con las manos un diplomático gesto—. Lo que imagino es que su señora ha querido ahorrarle trabajo a usted.

—¿Mi… señora?

—Efectivamente, fue ella la que vino. Dejó su tarjeta. Una mujer bellísima, si me permite decirlo, señor. Era maravillosa su melena ligeramente pelirroja. Y…, y todo lo demás.

John empezó a sentir que todo daba vueltas en torno suyo. La tarjeta que el otro le mostraba resbaló de entre sus dedos.

En efecto, era la de Evelyn.

También resbaló el catálogo de los ataúdes, en el cual estaba marcado el lujoso modelo elegido por la propia muerta.

El propio John estuvo a punto de caer en tierra. Dos manos le sujetaron.

Lanzó un chillido de histeria, como si aquellas manos fuesen las manos de la muerte.

CAPÍTULO XVI

John avanzaba entre la niebla como si fuese hacia su propia tumba. Sentía que aquel entierro era suyo. Oía las canciones del funeral como si fueran las canciones que acompañaban su salida de este mundo.

Gracias al hombre que le traía el catálogo de ataúdes no había caído en tierra, porque le sujetó en el último momento. Pero después de eso, todo había sido como una pesadilla atroz, como un viaje sin nombre en dirección al abismo.

Aún no podía creerlo.

Como sí el tiempo no hubiera transcurrido, aún se veía resbalando hacia la alfombra, sujeto por las manos de aquel hombre que gemía.

—Pero, señor… ¿Qué le pasa, señor…? ¿He dicho alguna inconveniencia?

John hundió la cabeza.

Le costaba andar. En realidad, arrastraba los pies como si fuera un moribundo.

Los recuerdos se arremolinaban en su mente.

Los demás trámites, empezando por el de conformarse con la selección del ataúd que ya estaba marcado, habían sido rápidos. Y ahora se encontraba presidiendo el entierro de Pat Barton, aquel entierro increíble bajo la luz artificial que apenas disipaba las sombras del cementerio.

Pese a haber avisado sólo a los más íntimos, la noticia había circulado por los ambientes adinerados de Londres, de los que Pat Barton formaba parte. Más de cien personas se habían reunido para acompañar al difunto hasta su lugar de reposo eterno. Había una cierta confusión en el cementerio. Algunos de los acompañantes tropezaban con las losas, otros se perdían por detrás de los panteones y todos sin excepción lamentaban que el sepelio se

estuviera realizando a aquellas horas de la noche, aunque comprendían que la familia de Pat Barton había deseado un entierro discreto, dadas las trágicas circunstancias del suceso.

Para que nada faltase en aquella hora macabra, había llegado la niebla.

Era extraño incluso que en el Londres actual hubiese tanta, pero lo cierto era que el ambiente estaba cargado de humedad. No soplaba una leve brisa. Todo iba quedando desdibujado, hundido en aquella especie de masa gris donde las luces titilaban como si se tratase de fuegos fatuos. Un ambiente irreal, un ambiente de pesadilla iba envolviéndolo todo mientras los cánticos religiosos que acompañaban la ceremonia parecían llegar desde las brumas del otro mundo.

John avanzaba con los ojos casi cerrados.

Apenas veía a nadie.

Mientras el ataúd era colocado en el fondo del panteón, le parecía sentir en la nuca el cosquilleo del aliento de Evelyn.

Algo parecido le ocurría a Magda, que asistía a los últimos detalles de la ceremonia desde un rincón sumido en tinieblas. Todo aquello le producía una angustia inexplicable y al mismo tiempo una especie de náusea. Nunca había asistido a un entierro, y menos a un entierro de noche. Hubo un momento en que sintió tanto mareo que tuvo que apartarse bruscamente porque creyó que iba a vaciar su estómago.

Fue unas yardas más allá, detrás de otros panteones.

Unas arcadas convulsas sacudieron su cuerpo…

Se sentía tan débil que tomó asiento en una de las lápidas, mientras se tapaba la boca para dominar las nuevas náuseas. Así estuvo mucho rato, con los ojos cerrados, sintiendo como si el tiempo se le escurriese entre los dedos. Llegó a perder la noción de lo que estaba ocurriendo.

Los cantos funerales iban y venían.

Formaba como el coro de una extraña pesadilla en la noche, de una increíble pesadilla en la niebla.

Por fin aquellos cánticos cesaron.

Todo volvió a quedar en silencio, todo adquirió de nuevo aquel aire entre abandonado y tétrico que tienen los cementerios bajo la niebla.

La muchacha abrió los ojos.

Se sintió aliviada.

Por fin había concluido la ceremonia, por fin todos se irían alejando del cementerio y terminaría aquella especie de pesadilla.

Se puso en pie, abandonando la lápida en la que había encontrado reposo.

Ella también saldría del cementerio cuanto antes. Perdida entre la gente, se alejaría de allí sin hablar con nadie. Iría al Soho, que a aquella hora debía estar animado, y entraría en cualquier lugar a beber unas copas, a mezclarse entre la multitud. Necesitaba olvidarse de todo aquello, necesitaba decir adiós al mundo tétrico que ahora la rodeaba por completo.

Fue al panteón.

La niebla se hacía más y más espesa.

El silencio era agobiante.

Ya ni siquiera se veían las luces como fuegos fatuos rasgando la noche.

Magda se estremeció.

¿Qué le ocurría?

¿Dónde estaba la gente?

¿Es que acaso se habían marchado ya? ¿Hacía mucho que terminó la macabra ceremonia?

¿Hasta tal punto había perdido la noción del tiempo?

Volvió a estremecerse, pero ahora sintiendo que el frío llegaba hasta sus huesos.

Se dio cuenta de que hasta aquel momento había confiado en volver al panteón guiándose por las luces y por los cánticos, pero ahora ni una cosa ni otra llegaba hasta ella. La gente ya se había ido, sin echarla en falta, porque había demasiadas personas y nadie se daba cuenta de nada. Por lo tanto, ella no sabía en qué lugar estaba. La niebla la había desorientado. Daba vueltas en torno al mismo sitio sin acertar con el panteón en el que había estado antes.

Irguió todo su cuerpo, tensando los músculos.

Tenía que dominarse.

Costara lo que costara, tenía que dominarse…

Respiró hondo y buscó la línea de luces que bordeaba el camino de salida. De pronto se tranquilizó. Allí estaban las luces. Sabía que andando unas quinientas yardas encontraría la puerta.

No quedaba nadie en el camino.

Todo aparecía terriblemente solitario. Las luces eran casi borradas por la niebla. No se distinguía su final, que consistía tan sólo en una masa gris más allá de la cual estaba lo desconocido.

Sin darse cuenta, hizo más rápidos sus pasos.

Quería llegar…

¡LLEGAR!

Casi corría, atravesando aquella especie de masa de algodón que la envolvía por completo.

Y de pronto se detuvo.

¿Eran imaginaciones suyas?

¿O había oído bien?

¿No la seguían unos pasos?

Conteniendo la respiración para oír mejor, echó a andar de nuevo, pero ahora con sigilo. Sus zapatos apenas levantaron un leve rumor. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no se había equivocado, de que, en efecto… ¡alguien la seguía!

¡Otra mujer!

¡Acababa de oír perfectamente su taconeo en las losas del camino! Estremeciéndose hasta el fondo de sus huesos, la muchacha se volvió gritando:

—¿Quién está ahí? ¡Conteste! ¿Quién está ahí?

Nadie respondió.

Sólo llegó hasta ella, muy suave y susurrante, un leve soplo de viento.

Gimió:

—¿Quién está ahí? ¡Hable!

También le respondió el soplo del silencio solamente. Pero Magda estaba segura de no haberse equivocado, estaba segura de que poco más allá había una sombra caliente dispuesta a saltar sobre ella, una sombra que acechaba.

Estaba segura de que unos ojos recortaban su figura entre la niebla.

Sintiendo que se ahogaba, echó a correr de nuevo. Y volvió a oír entonces aquel taconeo, sintió en su espalda la presencia obsesionante de la otra sombra.

Pero ya iba a llegar a la puerta.

¡IBA A LLEGAR!

De pronto, una lucecita roja cortó su paso. Había allí una valla pintada y una zanja. Un letrero cerca de la luz indicaba:

OBRAS. PROHIBIDO EL PASO

Tenía cortado el camino. ¿Hacia dónde ir ahora? ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda? No había nada que lo indicase. Sin duda, durante el día, el camino era perfectamente visible, pero de noche todo se ahogaba en las sombras. ¡Y ella tenía que elegir! ¡El ruido de los pasos ya volvía a sonar a su espalda!

Lanzó un débil gemido.

Las piernas se negaban a sostenerla.

Fue hacia la derecha. Quizá la salida estaba allí. Anduvo unos pasos nerviosamente, tratando de reunir todas las energías que aún le quedaban. Unas ramas azotaron su rostro como si fueran pequeñas manos. Tuvo que lanzar un gemido de horror.

Pero tenía que estar ya cerca de la salida.

¡La encontraría allí mismo!

¡A la fuerza tenía que dar con ella!

Vio una luz roja. Sin duda era la señal que indicaba la puerta. Se precipitó hacia allí. Y de pronto lanzó un nuevo gemido de horror al chocar contra una losa.

Aquella lucecita era simplemente una especie de lámpara votiva en un panteón. Junto a ella se leían las siniestras palabras:

HIC YACET…

Magda sintió que se ahogaba. El aire al salir por su boca y nariz no producía más que un ronquido. Vio que a un lado y otro del panteón se extendía la alta pared que limitaba el cementerio.

Había equivocado el camino.

Estaba acorralada.

Sus ojos desencajados miraron al frente, miraron hacia la masa de niebla, hacia aquella masa gris donde aguardaba el horror.

Algo se movía allí.

Algo avanzaba.

Unas manos… ¡surgieron poco a poco!

Sí, eso fue lo primero. Las manos. Las manos bien cuidadas, de

uñas bien pintadas y pulcras, como siempre las acostumbraba a llevar tía Evelyn.

¿Por qué pensó en tía Evelyn al verlas? ¿Por qué, si aún no había visto la cara?

La figura siguió avanzando.

Dejó atrás la masa de niebla.

Ya estaba allí, junto a ella.

Le miraba fijamente.

Sus manos se tendían hacia ella…

Magda la miraba con ojos desencajados. No podía ni gritar. Las rodillas se le doblaron mientras susurraba:

—No, no puede ser…

La hoja de acero brotó entonces entre los dedos, al moverse la navaja de resorte. Una lengua mortífera fue al encuentro de la garganta de Magda.

Ésta sintió la cuchillada.

Sintió el chorro de su propia sangre.

Y cayó junto a la puerta del panteón. Cayó junto a aquella losa negra donde se leía:

HIC YACET…

Ella también yacía. Y para siempre.

Nunca mejor empleada la trágica palabra.

CAPÍTULO XVII

Si los nervios de John habían sido relativamente fuertes hasta aquel momento, a partir del instante en que la policía le llamó a la mañana siguiente, dejaron de serlo. Todo en torno suyo se derrumbó. Sus ojos se desencajaron cuando oyó aquella voz desconocida que le decía:

—Perdone que le moleste a estas horas, tan tempranas, señor. Soy el inspector Lucaks, de Scotland Yard, y si le llamo es porque el hecho ha ocurrido en mi zona. Temo que voy a tener que darle una mala noticia.

—¿Una… mala noticia?

John pensó solamente en Susan y en nadie más que en Susan. Se dijo que quizá le había ocurrido algo. Pero, naturalmente, se abstuvo de pronunciar su nombre, porque no podía dejar en el aire el menor indicio de que se conocían.

—Sí —dijo la voz—. Acaba de descubrirlo hace apenas media hora el guardián del cementerio donde ayer fue sepultado su cuñado.

—¿El guardián del cementerio? ¿Qué…, qué ha visto?

—Siento decírselo, señor, pero ha aparecido el cadáver de su sobrina Magda. El cadáver de su sobrina… con la garganta desgarrada.

El hombre sintió que el auricular le quemaba en su oído.

Ya no podía más.

El aire de sus pulmones abrasaba.

La sensación del Más Allá penetró en su interior de tal modo que tuvo que derrumbarse sobre una butaca.

La voz continuó:

—Comprendo que lo siente y lamento ser yo quien le dé la noticia, pero no es eso solamente.

—¿Hay… algo más…?

—Sí, claro que hay algo más. Se trata de su desaparecida esposa.

La bola que John tenía en la garganta ya se hacía insoportable. Le ahogaba.

—¿Qué pasa con…, con mi esposa?

—La vieron, señor. Perdone que le diga todo esto por teléfono, pero necesito ganar tiempo. Todo podía depender de unos minutos.

—¿Unos minutos? ¿El qué?

—El que ella vaya ahí.

A John estuvo a punto de caerle el auricular de entre los dedos.

Era incapaz de contestar.

Al cabo de unos instantes, sorprendido por aquel silencio, el policía murmuró:

—¿Está bien, señor? ¿Sigue a la escucha?

—Sssss… Sí…

—Le decía que cabe la posibilidad de que su esposa regrese.

—Es una gran noticia. Lo estoy de…, deseando.

—De acuerdo, pero en ese caso, óigame bien. Reténgala si viene. Nosotros montaremos un servicio de vigilancia dentro de muy poco.

—¿Por qué…?

La voz penetró como un cuchillo en el cerebro de John:

—Ella asesinó a su sobrina Magda.

El auricular cayó.

Volvió a recogerlo.

Tuvo una náusea y se sintió al borde del mareo. Nunca había necesitado hacer un esfuerzo tan terrible como el que requirió para pronunciar aquellas sencillas palabras:

—¿Cómo lo saben?

—El guardián creyó verla. Mejor dicho, está seguro. Le hemos mostrado fotografías y la ha reconocido.

—Ustedes no tienen derecho a acusar a…

—No acusamos a nadie, téngalo en cuenta —la voz se hizo dura y cortante—, sino que le advertimos de un hecho que puede perjudicar a su esposa y a usted. La ley ordena que hagamos esa advertencia. Pese a la noche y la niebla, el guardián creyó reconocerla especialmente por su pelo ligeramente rojizo. Por supuesto, ésa no es una prueba definitiva, sino solamente un indicio, pero queremos comprobarlo.

—Lo comprendo muy bien…

—Espero que colaboren los dos, si ella regresa. Tenga en cuenta que dentro de poco la casa estará vigilada. Incluso en el caso de que Evelyn Barton esté ahí, con usted, será mejor que se entregue enseguida.

—No…, no está…

—Haría mal en ocultarla, amigo mío, en el caso de que ella fuese ahí. De todos modos, lo comprobaremos.

John se estremeció hasta los huesos.

Pensó en lo terrible que sería si Susan se presentaba en la casa, lo cual era más que posible. Entonces descubrirían una relación entre los dos y quizá atarían cabos.

Por lo tanto, se serenó. Con la energía que da la desesperación, dijo:

—No tienen ustedes derecho a vigilar esta casa.

—¿De dónde ha sacado esa absurda idea?

—Tengo derecho a recibir a quien yo quiera sin ser controlado. En el caso de que exista alguna acusación contra mi esposa, se la hacen directamente a ella. Búsquenla. Prometo avisarles en el caso de que venga aquí, pero no me controlen o se atendrán a las consecuencias. Tampoco controlen mi teléfono o presentaré una denuncia a Old Boiley. Están advertidos. Procuren que no vea ningún policía cerca de mi verja.

Y colgó.

Luego respiró fatigosamente.

Estaba destrozado como si hubiera hecho una carrera de varias millas.

Ni siquiera comprendía cómo había tenido energías para hablar de aquella manera.

De todos modos, había conjurado el peligro. Su finca estaba aislada de las demás, o sea que vería a los *policemen* si la vigilaban. Estaba seguro de que no se atreverían a hacerlo porque la policía inglesa es la más respetuosa del mundo con los derechos privados. No lo harían, al menos de momento.

Pero no era eso lo que le impedía respirar.

Era lo de Evelyn. Ahora ya no tenía duda.

Se trataba de la misma locura que su padre. La locura que la llevaba a acabar con los miembros de su propia familia. Y sólo quedaba él…

Pero había algo superior a su propio miedo a la muerte. Era el miedo a Evelyn. Era el miedo a una resucitada que volvía para vengarse.

Dio un par de vueltas por la habitación. Estaba aterrado. Cualquier crujido de los muebles, cualquier chasquido de la casa le producía el mismo frío que el contacto de un cuchillo en la espalda.

Telefoneó a las asistentas y los jardineros para que no vinieran aquella mañana. Ya no le importaba lo que pudiesen pensar. Otras inquietudes, otros temores le ahogaban en aquella hora terrible.

Se sentó en una de las butacas, junto a una botella y empezó a beber. No se dio cuenta de que pasaba el tiempo. No se dio cuenta del transcurso misterioso de las horas. Pero cada crujido, cada susurro del viento, cada soplo junto a una ventana le producía la misma sensación de muerte.

Tuvo la suficiente serenidad para vigilar los contornos de la casa desde la parte más alta de ésta. Lo hizo regularmente, varias veces, para convencerse de que los policías no vigilaban los contornos.

Todo estaba tranquilo.

No había ningún coche sospechoso en las cercanías.

Sin duda los controles estaban situados más allá del puente, pero aun así, los hombres de Scotland Yard no podían identificar a los que se acercaban a su casa. Su amenaza, de momento, había surtido éxito. Los agentes no se atrevían a intervenir.

John lo registró todo durante las febriles horas que precedieron a la noche. Intentaba encontrar alguna explicación, algo que justificase —si es que podían justificarse de algún modo— las apariciones de Evelyn. Mientras las sombras, al principio suaves y luego cada vez más espesas, iban cayendo sobre Londres, él daba miles de vueltas a sus pensamientos, intentando hallar la horrible verdad.

Pero sabía que era inútil.

Evelyn era un ser de otro mundo.

Evelyn estaba allí.

Y allí.

En todas partes.

El cerebro de John era un auténtico torbellino. Le parecía ver en todas partes los ojos de la muerta.

¿Muerta…?

Las escenas, las situaciones que habían vivido los dos durante los escasos años de su matrimonio, volvían a sus recuerdos como si las estuviera viviendo otra vez. Volvían hasta él las discusiones grotescas, cuando Evelyn se negaba a acompañarle a algún acto social en el que convenía que les viesen juntos, pretextando que tenía mucho trabajo en la Morgue.

La Morgue… Siempre la Morgue… Siempre aquel maldito mundo de los muertos…

John daba vueltas de un lado a otro de la casa, entre las sombras cada vez más densas. Ya había perdido por completo la noción del tiempo.

Los crujidos le rodeaban. Sonidos furtivos y extraños brotaban de las paredes. Las sombras se iban haciendo cada vez más espesas, pero él ni siquiera se daba cuenta.

Recordaba una y otra vez aquellas discusiones. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Qué importancia tenían?

De todos modos, necesitaba tener su cerebro ocupado en algo que no fuera la idea de la muerte. No podía evitarlo.

—Pero, Evelyn… Se trata de un concierto al que irá mucha gente, un verdadero acto social… Conviene que nos vean juntos un rato en el palco, aunque nos vayamos en seguida… La gente va a pensar que estamos separados…

Le parecía oír otra vez aquellas frases lejanas, las frases que habían sido pronunciadas en aquella misma casa.

—No puedo. Tengo trabajo. Ve tú solo.

—Nuestro prestigio sufrirá… Tienes que hacer ese pequeño sacrificio. Ven aunque sólo sea un momento. Que nos vean cinco minutos en el palco y luego nos vamos sin hablar con nadie…

—Si se trata, sólo de eso, llama a la Agencia Stelvio. Allí trabaja mi prima Katy. Están especializados en esa clase de encargos, no te preocupes. Toma el teléfono.

Las palabras volvían a los recuerdos de John como si sonasen allí mismo otra vez.

Unas palabras despectivas, bruscas.

Evelyn le había acompañado muy pocas veces porque siempre estaba hundida en sus macabros experimentos. El mundo social no le importaba, y en cambio, el mundo social era lo más importante para John. A veces se trataba de que les vieran sólo diez minutos en

las carreras de caballos, pero ni eso había conseguido.

¿O lo había conseguido?

John se estremeció hasta la médula de los huesos.

Sí. Aquella vez usó el teléfono de la Agencia Stelvio, donde trabajaba prima Katy. Aquella vez solucionó el problema de que les vieran juntos cinco minutos en un palco. Pero no fue la única.

—Al menos ven al Derby… *Entramos y salimos. Sólo perderás una hora… ¡Es necesario que lo hagas, maldita sea! ¡Es necesario que lo hagas! ¡Todos van a creer que vivimos de espaldas a la sociedad inglesa!*

—Te casaste conmigo para brillar en sociedad, ¿no? Dime, ¿fue eso?

—Evelyn, yo…

—Haz lo de la otra vez. No tengo ganas de salir, ¿sabes? El trabajo me absorbe. Llama a prima Katy a la Agencia Stelvio.

Y él lo había hecho.

Por segunda vez, había solucionado el problema.

Pero al mismo tiempo un júbilo incontenible le secaba la garganta. Había dado con la clave. ¿Cómo no lo había comprendido antes? ¿Cómo no se dio cuenta? ¿Cómo no recordó las dos ocasiones en que se sirvió de prima Katy? ¿Por qué había temido que llegar al fondo de aquella horrible duda, cuando la solución era tan sencilla?

Se dejó caer sobre una butaca.

Sudaba.

Por un momento pensó llamar a la policía, pero eso podía ser una imprudencia. Antes había que hablar con Katy. Claro… Tenía que hacerlo cuanto antes. Lo que fuese, se podía arreglar. Aún quedaba tiempo para todo.

Katy…

¿Cómo no lo había comprendido antes?

Buscó en sus apuntes el número de la Agencia Stelvio y lo encontró. Estaba tal como se lo había dado Evelyn. Tuvo la suerte de encontrar aún al propietario, al propio Stelvio, pese a la hora avanzada que era.

Le reconoció enseguida.

—Ah, el marido de la doctora Barton… ¿Qué le ocurre, señor? ¿Nos necesita?

—Sí. Y con urgencia.

—¿Katy?

—Sí.

—¿Cómo las otras veces?

John no quería dar demasiadas explicaciones por teléfono, aunque dudaba de que le hubieran intervenido la línea. Se limitó a decir secamente:

—Necesito que venga ahora mismo. Y que no llame la atención, ¿entendido? Dejaré la puerta abierta. No lo olvide. Ahora mismo…

Colgó.

Seguía teniendo la boca espantosamente seca.

Se sirvió una tónica y la bebió como si acabara de llegar del desierto. Pero al menos estaba satisfecho, al menos había dado con la solución. Evelyn no existía ya. Evelyn estaba muerta, muerta de verdad. Muerta mil veces. Devorada por pequeños dientes, filtrada por los estómagos de peces monstruosos. Así había sido.

Abrió la puerta exterior. Más allá estaba la niebla, más allá estaba la noche, pero no se advertía la menor presencia sospechosa. La policía debía estar buscando a Evelyn por todo Londres. Bien… Que la siguieran buscando. Que siguieran tras ella por toda la eternidad.

Se sentó de nuevo.

Ya había dado con la asesina de Pat y de Magda. Ya había desentrañado el misterio. No conocía aún los móviles, pero eso lo resolvería pronto. En cuanto hablara con Katy.

De pronto cerró los ojos.

Tuvo un estremecimiento.

Por los infiernos…

¿Cómo no había pensado que ella podía ser peligrosa?

Fue a la habitación del fondo, a la biblioteca, en busca de un arma. Allí siempre tenía un revólver cargado y podía necesitarlo. Avanzó.

Se hundió entre las sombras misteriosas de la casa. Avanzó entre las siluetas calientes que parecían acecharle. Pero ahora ya no tenía miedo. No tenía miedo, porque Evelyn no existía…

La mano, entonces, se posó a su espalda. Una mano suave de mujer. Una mano helada.

CAPÍTULO XVIII

Se volvió de repente. Nuevamente el frío de la muerte había llegado hasta él. La lengua se le pegó al paladar mientras balbucía:

—Katy…

Susan le dio un golpecito en el pecho.

Sonreía.

—¿Pero qué te pasa? ¿Quién es Katy? ¿Qué significa ese nombre? ¿Es que me engañas con otra?

John suspiró con alivio.

Por un momento había sentido otra vez el soplo del Más Allá.

—Susan… —musitó—. No imaginaba que estuvieras aquí…

—He encontrado la puerta abierta.

—Sí, ahora lo recuerdo. La he abierto para…

—… ¿Para Katy? ¿Quién es Katy?

—No tiene importancia en el sentido que tú piensas, pero la tiene en otro. Ya te explicaré. Ahora ven al salón.

—¿Adónde ibas?

—A buscar un revólver, pero contigo no me hace falta. ¿Te ha visto venir alguien?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro, hombre…

Él se vio envuelto de nuevo en las luces, se vio envuelto en aquella atmósfera tranquilizadora y que ya conocía. Susan le confortaba, le daba una intensa sensación de seguridad.

—He dado con la solución —dijo—. Nuestros problemas se solucionarán dentro de poco, muñeca.

—¿Nuestros problemas…?

—Hablas con tanta tranquilidad como si no hubiera ocurrido nada. Me admiras, Susan. Tienes mucha más sangre fría que yo.

Ella anduvo unos pasos. Estaba más bonita que nunca, más

arrebatadora con aquel ceñido vestido que se adaptaba diabólicamente a sus formas. Bruscamente. John la deseó, quizá porque al sentir más relajados sus nervios volvían a él las viejas pasiones. Pero se dio cuenta de algo en que no había reparado antes; se dio cuenta de algo que le admiraba y le desconcertaba a la vez.

—Susan… —musitó.

—¿Qué?

—¿Sabes que tienes un modo especial de vestir hoy?

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—Recuerdas a Evelyn.

Ella fue hacia la pared. Le sonrió. Tenía una sonrisa extraña esta noche. La luz de las lámparas parecía cortar su cara en dos.

—¿Por qué dices eso? —murmuró.

—Pues porque… En fin, ese vestido está hecho a su estilo. Casi parece suyo. Y los zapatos. Y el color de las medias…

Ella volvió a sonreír, pero su sonrisa se había hecho más suave, más quieta. Resultaba todo distinto esta noche.

Avanzó hacia John.

—No seas tonto… —empezó a decir.

En aquel momento sonó el teléfono.

John lo descolgó con un gesto de nerviosismo, mientras pensaba maquinalmente: «La policía…».

Pero no, no era la policía. Reconoció enseguida aquella voz ligeramente aflautada, la voz típica del individuo que tiene una agencia de servicios.

—Hola… Soy Stelvio.

—¿Qué pasa?

—Quiero darle un recado. Verá…

—¿No puede evitar el contármelo por teléfono? ¿Es importante?

—En fin… Lo que se dice muy importante, no, pero…

—Aguarde un momento, por favor…

Dejó el auricular sobre la mesa. Quería acercarse a la ventana para ver si había algún coche de la policía cerca, alguna furgoneta desde la cual pudieran tener bajo control su teléfono.

Era una precaución elemental.

Susan estaba allí.

Estaban allí sus ojos, sus labios tentadores, su piel… ¿Pero que

había en ella que le recordaba a Evelyn? ¿Por qué le dominaba aquel oscuro sentimiento? *¿Por qué?*

—Quítate ese vestido —dijo bruscamente.

—¿Hay alguna razón para eso?

—Me pone nervioso.

—Pues tranquilízate, John. No lo eches todo a rodar ahora perdiendo el control de ti mismo. ¿Qué pasa con ese vestido?

—No me gusta. Me recuerda a Evelyn.

—Está bien… Me lo quitaré mientras esté aquí, si a ti te parece. A ver, ayúdame a bajarme la cremallera.

Se volvió.

Su gesto estaba lleno de coquetería. De seducción.

Era la mujer tentadora de siempre.

Él llevó los dedos a la cremallera, mientras buscaba golosamente su nuca para besarla. Se sentía tranquilo otra vez. La tentación que emanaba de Susan podía más que todas sus inquietudes.

Y entonces fue cuando los vio.

Allí en su cuello.

En el mismo borde del vestido.

Los dos cabellos pegados a la tela.

Los cabellos casi rojizos.

Los cabellos… ¡de Evelyn!

Sus manos se detuvieron.

Su corazón pareció detenerse un instante.

Los dedos se retiraron como si hubieran estado a punto de tocar una serpiente.

Ella lo notó.

Se volvió lentamente, mientras decía:

—¿Qué te pasa?

—Pero…, pero, Susan… Tú…

—¿Yo qué?

Las palabras se agolpaban en la boca de John, pero ni una de ellas llegaba a surgir. Sus músculos vibraban. En su cerebro parecía haberse encendido una lucecita roja.

Con voz trémula bisbiseó:

—Tú has sustituido a Evelyn…

—¿Pero qué dices?

—Llevas un vestido que se parece a los suyos. Imitas sus

gestos… Te has puesto una peluca que imita su melena perfectamente…

Los ojos del hombre parecían querer salirse de sus órbitas. Las manos sujetaban a la mujer. Llegaban a hacerle daño.

Ella barbotó:

—¡No seas loco! ¡Estás diciendo tonterías! ¡Suelta!

Pero sus ojos brillaban de otro modo. En su boca había una mueca ansiosa y despectiva a la vez. Ya no era la misma mujer. Con la cabeza negaba, pero sus ojos decían todo lo contrario. Sus ojos amenazadores contemplaban a John como un insecto al que en el fondo quería aplastar.

Él la golpeó bruscamente.

Sus nervios se habían disparado.

Le estampó la cara contra la pared e hizo que de los labios de la mujer brotase un hilillo de sangre.

—¡Te denunciaré a la policía, perra! —barbotó John—. ¡Me has engañado! ¡Has cometido dos crímenes! ¡Estabas trabajando contra mí! ¡Preparabas algo a mis espaldas! ¡Me has engañado, perra!

Fue a golpearla otra vez, pero ya no pudo. Los ojos de Susan eran como una misteriosa barrera, como un muro de cristal. Pero no fue eso lo que le detuvo.

Fue el cuchillo.

El cuchillo suave, brillante, salido de no sabía dónde, y que de pronto se había apoyado en el centro de su garganta.

Susan barbotó:

—¡Idiota! ¿Crees que después de cometer ese crimen iba a conformarme con el dinero de Evelyn? ¿Crees que no necesitaba también el de Pat y el de Magda? Pudiendo tener toda la fortuna de los Barton, ¿por qué conformarme con menos?

—¿Por eso mataste a los dos únicos parientes de Evelyn?

—Claro, pequeño idiota… Por eso acabé con ellos. Muerta o desaparecida Evelyn, el único heredero eras tú. Y teniendo tú el dinero, era yo quien lo tenía.

—Debiste decírmelo…

—No hubieras tenido valor, John. Hubieses fallado como estás fallando ahora… En el fondo, eres un cobarde.

—¿Pretendías que…, que la asesina pareciese Evelyn?

—Claro. Así jamás sospecharían de mí ni de ti. Y la policía se

enfrentaría a lo inexplicable.

John sudaba.

Aquella bola en la garganta que tantas veces le había impedido hablar se hacía ahora angustiosa.

—Pero, entonces… —balbució—. Evelyn está muerta de verdad…

—Por supuesto que sí. Y lo curioso es que el que más cerca estuvo de la verdad, hasta casi narrarla punto por punto, fue Pontiac. Yo te había dado unos peces inofensivos en aquellas bolsas de plástico. Un experto se hubiese dado cuenta de que no eran pirañas, pero tú no podías distinguirlo. Cuando hundiste en las aguas el cuerpo de Evelyn, no le hicieron ningún daño. Sencillamente, se ahogó.

—De todos modos acabé con ella, ¿no es así? Acabé con ella…

—Claro, estúpido. Tal como yo lo tenía previsto. Aquella misma noche saqué el cuerpo con un bichero y lo llevé en mi coche a una finca abandonada, donde ya tenía abierta la fosa. Jamás lo encontrarán allí. Luego volví a la piscina con las auténticas pirañas, todo en la misma noche, mientras tú dormías. Las lancé. Necesitaba que si hacías alguna prueba, como por ejemplo arrojarles un pedazo de carne, te dieras cuenta de que eran peces carnívoros, en efecto. Así no te explicarías nunca la desaparición de Evelyn.

—Pero… ¿pero qué pretendías con eso?

—Tenerte dominado, John. Ser yo la que dirigiese la aventura, no tú. Y crear un fantasma incluso ante ti: el fantasma de Evelyn.

—¿Para… qué?

—Para dominarte si hacía falta. Una simple aparición me bastaría para romper tus nervios si las cosas se llegaban a poner difíciles. Pero no era eso solo. *Evelyn* podía matarte dentro de tres, de cuatro años, cuando hubiese conseguido que todo el dinero estuviera a mi nombre. Era yo la que salía beneficiada con todos esos crímenes, no tú, y por eso los organicé. Pero ahora lo has estropeado todo con tu maldito nerviosismo, perro. También yo lo he estropeado al no cepillar mejor mi vestido, lo reconozco. Pero yo me he dominado, yo aún hubiera seguido con el plan, incluso después de contártelo todo, si pudiera confiar en ti. Desgraciadamente no puedo. Lo hundirás todo en cualquier momento y será peor. Por fortuna sé dónde está el dinero en esta

casa y aún puedo sacar de treinta a cuarenta mil libras. Cuando mañana te encuentre la policía muerto, sospecharán de un ladrón. O de la propia Evelyn, ¿quién sabe? ¿Pero cómo van a sospechar de la pobrecilla Susan? ¿Cómo perseguirla, si nadie me relaciona contigo? ¿Si nadie me conoce…?

John había escuchado aquellas palabras como si brotaran del fondo del infierno.

Aún se negaba a creer aquello.

No podía imaginar que fuese verdad.

No podía…

Tampoco pudo imaginar que fuese verdad aquella sensación tan suave cuando el cuchillo penetró en su garganta. Cuando la sangre brotó. Cuando cayó de rodillas y todo empezó a dar vueltas, vueltas, vueltas…

—Evelyn… —fue todo lo que dijo—. Evelyn…

Porque la verdad era que la había visto entre las sombras en el momento de morir. ¡La había visto…!

Susan retiró el cuchillo, lo limpió en las ropas del muerto y lo guardó tranquilamente. No se dio prisa, porque no tenía nervios. No tenía tampoco ni el principio de un sentimiento.

Pasó por encima del cadáver.

Necesitaba encontrar el dinero, cosa que no era difícil. El propio John le había indicado muchas veces dónde lo guardaba su mujer. Atravesó la sala. Fue hacia la puerta.

Nada tenía que temer.

John estaba muerto.

Evelyn estaba muerta.

Muerta…

Muerta…

La palabra pareció quedar cristalizada en sus pensamientos, pareció repetirse millones de veces como una campanilla macabra.

No podía creerlo.

Sus ojos se dilataron de horror.

La lengua se le pegó al paladar.

No pudo ni gritar.

Porque Evelyn estaba allí.

Evelyn vivía.

La miraba.

¡Se acercaba a ella!
¡Evelyn…!
Susan sintió el frío de lo sobrenatural. Sus rodillas fallaron. Su vista se nubló. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para moverse, para gemir. Un deseo frenético de escapar de allí, de huir aunque fuese a través de un cementerio, se apoderó de ella.
Porque no le cabía duda.
¡Era la propia Evelyn…!
Gimiendo roncamente, Susan se lanzó hacia la ventana que tenía más próxima. Arremetió de cabeza contra ella. Lo único que quería era salir de allí… Salir de allí. ¡Salir de allí!
Pero una mujer no tiene la fuerza de un hombre. Susan quedó a medio camino, con la cabeza apresada entre los cristales. Al tratar de girar sintió aquel terrible dolor. Vio brotar la sangre.
Su propio miedo la inmovilizó. Una crispación hizo que el cristal roto se hundiera más y más en su cuello, terminando de seccionarle la aorta.
Era un chorro de sangre.
Sus ojos estaban desencajados.
Su garganta sólo emitía un ronquido.
Pero ni siquiera pensó que estaba muriendo sin remedio. Otro miedo le dominaba. El miedo a Evelyn, que estaba allí… Evelyn que venía… Evelyn que tendía las manos hacia ella…
Cuando Susan quedó materialmente empotrada en aquellos cristales, con el cuello hundido en ellos, colgando como un muñeco después de perder el conocimiento una voz suave, una voz que no era la de Evelyn bisbiseó:
—Dios mío… ¿Pero por qué me ha mirado con tanto horror? Yo sólo quería ayudarla…
Mientras tanto el teléfono vibraba. Parecía bailar sobre la mesa. La voz de Stelvio, el jefe de la agencia de servicios gritaba inútilmente:
—Pero John… ¿Por qué no me contesta? ¡Oiga! ¡Oiga! ¡No voy a estar aquí esperando toda la noche! ¿Qué le ocurre? ¡Escúcheme de una vez y no me haga perder la paciencia! ¡Sólo quiero decirle que le he enviado a Katy, la prima de su mujer, que se parece tanto a ella, para que la sustituya como las otras dos veces! ¡Va vestida con las ropas que la misma Evelyn le dio entonces, y usa una de sus

pelucas! ¡Oiga de una vez! Ya debe estar ahí, si usted dice que ha dejado la puerta abierta. Ya verá cómo queda satisfecho de nuestros servicios y nos recomienda. Pero las tarifas han subido, ¿sabe…? ¡Todo sube…! Aunque yo le llamaba para otra cosa. Dígale a Katy que me telefonee porque he de darle un recado urgente para mañana. ¡Oiga! ¡Maldita sea! ¿Pero es que nadie contesta aquí? ¡Oiga! ¡Oigaaaaaa…!

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Esa experiencia no es una fantasía. Se ha realizado efectivamente, aunque con pocos cuerpos todavía, y por ésa y otras razones resulta imposible sacar de ella la menor conclusión. *(N. del A.)*. < <